

SS

SERVICIO SECRETO

DONALD CURTIS

REPORTAJE PARA EL CRIMEN

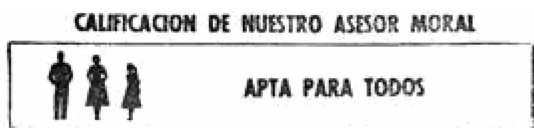
DONALD CURTIS

REPORTAJE PARA EL CRIMEN

1.ª EDICIÓN
JULIO - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ



DEPÓSITO LEGAL B 6138 — 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 1183/61

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
668. — Sangre de Caín.
En Colección SERVICIO SECRETO:
566. — Dos hacia la muerte.
En Colección BÚFALO:
356. — Centauros negros.
En Colección PANTERA:
43. — Destino: Muerte.
En Colección TEXAS:
205. — El revólver es mi ley.
En Colección CALIFORNIA:
199. — El exterminador.
En Colección COLORADO:
128. — Buitres sobre Tejas.
En Colección KANSAS:
7. — Doctor «Colt».
En Colección ASES DEL OESTE:
105. — El valle del odio.



PRÓLOGO

AQUELLA noche tenía prisa. Mucha prisa.

En realidad, él siempre tenía prisa. Había nacido con los nervios inquietos y el afán de que siempre faltaba tiempo para hacer las cosas. Todos se lo reprochaban. Pero Tony Ganner tenía la suerte de haber venido al mundo en una época de prisas y la febril actividad ajena, servía para disimular un poco la suya.

Sin embargo, esta noche era diferente. Tenía más prisa que nunca.

Le estaban esperando. Y había tan poco tiempo por delante…

Ella estaría ya en la Grand Central Station. Pendiente del gran reloj luminoso, pendiente de las voces indicadoras de trenes. Pendiente de viajeros, de convoyes que abandonaban los andenes. Y, sobre todo, pendiente de la marcha de las agujas sobre la esfera numerada.

También Tony Ganner vivía pendiente del reloj. Contempló uno luminoso, a su paso por Broadway. Eran las ocho menos veinte. Demasiado tarde tal vez. Veinte minutos no eran mucho tiempo, sobre todo en noches así. Las vísperas navideñas, en Nueva York, no son precisamente una tontería, cuando se ha de conducir a través del bosque de ruedas, peatones y luces que lo inundan todo.

A las ocho salía aquel tren. Era su última oportunidad. Ella había esperado hasta el fin. Sus palabras fueron concisas. Y viniendo de ella, definitivas:

—Tony Ganner, aún estás a tiempo. Rompe con tu familia. Te espero. Te esperaré hasta la salida de ese tren para Búfalo. Luego, será tarde. Si a las ocho no has llegado, me marcharé para siempre.

—No seas tan imperiosa, Janis —había contestado él. Débilmente, un poco cohibido. Como siempre—. Suponte que aún vacilo a las ocho, que no me decido… y a las ocho y cinco lo hago. Te iré a buscar a Búfalo, al Canadá, si es preciso.

—No, Tony —fue la respuesta de Janis, mirándole con la gravedad con que ella sabía hacerlo siempre en las ocasiones trascendentes—. No me encontrarás entonces. ¿No te das cuenta de lo que quiero? No me gusta verte convertido en un esclavo de tu familia. No quiero eso para ti, Tony. Has de romper. Romper con todo. Con ellos, con tus miedos e indecisiones. Quiero verte como realmente eres. Tu fortaleza física es admirable, Tony. Pero te falta la otra. La fuerza moral suficiente para comprender lo que ellos pretenden hacer contigo.

—Janis, ellos no son tan malos… —arguyó Ganner débilmente.

—¡Son víboras! —atajó ella, impetuosa—. ¡Las he visto más nobles, arrastrarse por los desiertos de Arizona o de Nuevo Méjico, Tony! Al menos aquellas, cuando te van a morder la mano, silban. Y te miran con odio, con crueldad. Tus parientes, no. Encubren su maldad, su egoísmo, con mansedumbre, con aparente sinceridad. Y te están destruyendo, Tony. Te están reduciendo a un simple parásito. Cuando quieras darte cuenta, no serás nada. Te habrán esclavizado, y serás incapaz de vivir, de respirar, sin que ellos te administren el aire.

—Exageras, Janis. Después de todo, son dueños del dinero. Y papá me educó mal. Hizo de mí un muchacho inútil para ganarse la vida.

—Tú puedes ganártela en cualquier sitio, Tony. Solo necesitas arrancar de ti esos complejos que te torturan. Vales tanto como el que más. Pero has de independizarte. Comprender que no les necesitas a ellos ni a su dinero. Quizá lo mejor que pudo ocurrirte, es que tu padre se arruinara antes de morir. La Providencia te dio ahí tu mejor oportunidad. No supiste aprovecharla. En vez de

romper con los Ganner y los Simmons, te aferraste más a ellos. Como un náufrago a una tabla.

—Era un náufrago, Janis. Me hundía… Solo contaba entonces quince años.

—He visto a muchachos con quince años vender periódicos, repartir leche y fregar platos en un restaurante. A los veinte, tenían un negocio, o eran personas de porvenir brillante.

—Tal vez, Janis, tal vez. Pero eso ya no tiene remedio.

—Tiene remedio, Tony. Y debes buscarlo. Yo te ofrezco la segunda oportunidad. Estaré en la Gran Central a las ocho. Es el último tren. Esperaré hasta el mismo minuto final. Decídete, Tony… o jamás lo harás.

—Está bien, Janis. Lo haré. Una u otra cosa… lo haré. Y será definitivo.

—Sí, Tony. Será definitivo. Hasta las ocho… o hasta nunca.

—Adiós, Janis… y gracias —susurró Tony Ganner.

Y ahí había terminado la conversación.

Ahora, faltaba tan poco para las ocho… Volvió a mirar el reloj. Solo quince minutos. Y apenas si había avanzado. Era desesperante. Tocó una y otra vez el claxon. Pero el sonido se perdió entre otros cientos de cláxones. La riada de coches se movió lánguida, perezosa. Como una serpiente fatigada.

Tony Ganner recordó el momento de la decisión. Por fortuna, no le había fallado el valor en ese momento.

A pesar de enfrentarse a Dennis y a Ethel.

Ahora le parecía mentira cómo pudo enfrentarse a ellos. Sereno, frío, casi demasiado. Dennis le contemplaba, con su dura faz de rasgos pétreos, como tallados a cincel. Arqueadas las cejas satánicas, entornados los ojos penetrantes y agudos. Ethel, a su lado, le sonreía, pero solamente a medias. Con sus labios golosos y sensuales, con sus ojos de un azul intenso. Se había echado sobre el cuerpo una bata de seda al salir de la ducha.

Parecía que lo hiciera a propósito. Sus curvas se siluetaban tan bien…

Era rica y era hermosa. Su cuerpo provocaba una descarga eléctrica a cualquier hombre. Sobre todo, con una bata así… anudada tan descuidadamente. Tony recordaba que había

empezado a transpirar. Su frente se había cubierto de menudas gotitas frías, pegajosas. Y la decisión osciló peligrosamente durante unos segundos. Cuando Denis había preguntado con voz cortante, rasposa como el papel de lija:

—¿Y bien, querido sobrino? ¿Qué es lo que deseas, para reunirnos con tales prisas?

Ethel había añadido algo. Se estaba anudando la bata de seda pegada a su piel. Pero sin hacer nada por subir un poco las solapas. El resultado era candente.

—Sí, querido Tony. Tío Dennis y yo estamos intrigados. ¿Qué desea mi futuro esposo con tal premura? ¿Nunca olvidas tus prisas, mi amor?

Tony había temblado, estremecido por la voz de su prima. Era demasiado tentador todo. La tranquilidad, la vida resuelta… Ethel, con su belleza insultante y poderosa. Con su dinero, con su dominadora voluntad. Y tío Dennis, como un halcón vigilante. En espera de lo que él iba a decir.

Fue difícil. Pero triunfó. Inexplicablemente, triunfó. Sin erguirse, como si fuese a pedir disculpas humildemente, tuvo el valor preciso para espetar algo inesperado. Tuvo que pensar intensamente en Janis para ello:

—Me marcho, tío Dennis. Para siempre. Voy a casarme. No volveré a casa. Jamás. Y es inútil cuanto digáis.

Se habían mirado atónitos. Ninguno parecía creer lo que escuchaba. Era inaudito, asombroso. Él, Tony Ganner, hablando así. Desafiándoles. Y resistiendo sus miradas sin pestañear, sin conmoverse.

—Tony, no estarás hablando en serio, ¿verdad? —preguntó su tío Dennis, tras un prolongado y violento silencio.

—No me gusta bromear, tío. Y menos con esas cosas. Ella se llama Janis. La amo. Y ella me ama a mí. Eso es todo.

—¿Todo? —era Ethel quien hablaba ahora. Con voz tensa, rezumando odio y despecho—. ¿Crees que eso es todo, cuando en los ecos de sociedad, en la boca de toda la gente de nuestro ambiente, están los cálculos, los pronósticos, sobre la fecha de nuestra boda?

—Lo siento, Ethel. No puedo casarme con dos mujeres al mismo

tiempo. No soy mormón. Y no me importan los pronósticos ajenos. Lo que cuenta es mi criterio.

—Pareces no advertir algo muy importante, Tony —intervino suavemente Dennis—. Careces de medios, no tienes un solo centavo tuyo. Yo te mantengo, yo cuido de ti, y legalmente, no tengo derecho a hacer más. Tu padre dejó una cantidad irrisoria al morir, tú lo sabes. Debía administrarla, y pasarte semanalmente lo preciso para vivir, o mantenerte a mi lado. Así lo hice hasta hoy. Perdí dinero, también sabes eso. Mi obligación termina justamente el día de tu boda. Casarte con Ethel, te lo resolvía todo. Serías el presidente de mis industrias en Filadelfia. Sabes que a Ethel le gusta Filadelfia.

—El dinero ha resuelto siempre las cosas, ¿verdad, tío Dennis? Pero no intervendrá esta vez. Para nada. He tomado mi decisión. Eso es todo.

—Ya veo —Dennis Ganner Simmons inclinó la cabeza—. ¿Has pensado ya en lo que te ganarás la vida y mantendrás a tu esposa? ¿O es ella quien te mantendrá?

Tony miró fríamente a su tío. Apretó los labios con ira. Y solamente dijo unas pocas palabras:

—Eso es muy digno de ti. No concibes que pueda ser un hombre, y vivir por mi propia cuenta. Que es, precisamente, lo que voy a hacer. Y lo que nunca alcanzaría contigo y con Ethel.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Ni Dennis ni Ethel trataron de detenerle. Sabían que hubiera sido inútil. La decisión estaba tomada.

Así había ocurrido todo. Ahora estaba camino de Grand Central Station. Y eran las ocho menos nueve minutos. El progreso había sido casi nulo. Los minutos volaban. Pero no su coche, ni ninguno de los que llevaba delante, formando legión. Los semáforos, con su maldita luz roja, parecían emerger del asfalto a cada paso, como malignos adversarios, que le hubieran estado acechando para interponerse en su camino.

Janis seguiría en el andén de la Grand Central. Esperándole. Perdiendo mil esperanzas por cada minuto que transcurría. Y habrían transcurrido ya demasiados. El tren para Búfalo estaría a punto de partir. Quizá Janis tendría ya un pie en el estribo. Y empezaría a pensar que él no tuvo valor, que no supo tomar su

decisión.

Estaba furioso. No podía ocurrir eso. No era posible que ocurriese, precisamente la primera vez que se resolvía, la primera vez que rompía con todo: con su presente y su pasado a la vez.

El tránsito se reanudó al cambiar el semáforo. La riada de coches partió, movióse lenta, perezosamente. Tony Ganner, exasperado, se vio obligado a seguir al mismo desesperante ritmo.

De súbito, vio a su derecha una bocacalle descongestionada de tráfico. Viró con celeridad. Entró por ella. Era un pasaje, entre dos tapias altas. Más allá, había edificios de piedra, con escalones y verjas. Supervivencia del viejo Nueva York.

Avanzó apresuradamente, en busca de otra calle paralela a la anterior, por donde pudiera ganar tiempo en el trayecto. Era una maniobra vulgar. Tony Ganner no podía imaginar que con ella fijaba su propio destino…

Aceleró ahora la marcha, libre de vehículos situados ante él, que interceptaran su paso. Sonrió, al escuchar, tras él un motor de coche. Otro conductor, sin duda, había seguido su ejemplo, para eludir las vías más congestionadas de tráfico. El espejo retrovisor le mostró el centelleo de los faros.

Debía de ser un automóvil mucho más potente que el suyo, porque se aproximó más y más, a lo largo del pasaje. A pesar de que apretó el acelerador cuanto pudo, el coche seguidor se le echó encima.

Sintió el impacto, el crujido del metal hundido por el choque, en la parte posterior. Un chirrido de frenos respondió a su esfuerzo, y el coche se detuvo. También el otro, pero demasiado tarde para impedir el choque, que ya se había producido.

Irritado, Tony Ganner abrió la portezuela y saltó a la calzada. Tal vez aquel estúpido incidente le iba a impedir llegar a tiempo.

—¿Qué mil diablos…? —comenzó, furioso—. ¿Es que no se da cuenta de que delante de usted van los demás?

El automóvil responsable del encontronazo, estaba enganchado al suyo por la violencia del golpe. El parachoques posterior y el portaequipajes, aparecían hundidos, abollados tras el impacto. Era un «Pontiac» azul oscuro el que lo provocó.

Se abrió la portezuela, y apareció un hombre. Era de escasa

estatura, gordo y vestido con pésimo gusto. Su americana, de grueso cheviot, era de un verde feo y chillón. Los pantalones, muy anchos y sin planchar. Un sombrero gris cubría su cabeza y velaba el ancho rostro.

—Lo lamento, señor —se disculpó, con voz sorda—. ¿Ha sido mucho el daño?

—Sí, mucho —señaló el desperfecto, con enfado—. Y una persona me está esperando. Si a las ocho no llego, el perjuicio será enorme. ¡Todo por culpa suya!

Se había inclinado sobre la parte dañada. El hombre del «Pontiac» argumentaba:

—No sabe cómo lo siento. Yo le ayudaré en cuanto sea preciso y…

Tony Ganner estaba aún inclinado, examinando el daño. Tuvo un leve destello de esperanza. Arrancando el parachoques roto, podría quizá reanudar la marcha hacia la estación. Pero no pasó de ser un simple destello.

Porque de súbito, tuvo intuición de que algo sucedía a su espalda, de que un peligro le acechaba. Fue puramente instintivo, pero volvió la cabeza. Ya era tarde.

El hombre de la chaqueta verde, empuñaba algo sólido, algo que le pareció vagamente, en la décima de segundo de que dispuso para advertirlo, una llave inglesa. Luego, ese algo sólido le pegó brutalmente en la nuca. Estalló su cerebro en mil pedazos, o tal vez fue su fugaz impresión al derrumbarse, con un gemido Había bastado un solo golpe para reducirle a la impotencia. Se quedó de bruces sobre la parte posterior de su coche, las piernas dobladas contra la calzada.

El hombre de la americana verde le contempló, enarbolando aún la llave inglesa. Luego, dirigió una mirada a cada extremo del pasaje. No había nadie, ni nadie había visto lo ocurrido.

Se aproximó al «Pontiac» azul. El cristal de la ventanilla posterior del coche descendió un poco. Dentro del coche, la oscuridad era absoluta. Pero se advertía la forma de una persona recostada en un rincón. Una mano enguantada se apoyó en el borde del cristal recién bajado.

El hombre de la chaqueta verde preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

Una voz respondió desde el interior del vehículo:

—Sigue golpeando… Cuando esté muerto, métele en su coche. Y luego, estréllalo contra una pared. Todo debe parecer un accidente, recuérdalo. Un accidente…

CAPÍTULO PRIMERO

JANIS DAWNS lanzó un suspiro. Subió el estribo del vagón. Casi a la fuerza. Por un momento, pensó si no sería mejor quedarse en el andén, dar aún otra oportunidad a Tony.

Pero era inútil. Las había agotado todas. Si esta noche no venía, no vendría nunca. Debió imaginarlo. Tony era débil. Nunca se decidiría a dejar a sus parientes. Sin embargo, por un momento, había llegado a tener el presentimiento de que haría acopio de valor, y elegiría lo más conveniente para él. Que era casarse con Janis, huir de Nueva York y de los Ganner-Simmons y su maléfica influencia sobre él.

Se alegraba de no haberle revelado nunca que ella era rica. No quería que Tony la eligiese por eso. Si realmente la quería, debía desechar temores y pensar en ser un hombre, en jugárselo todo a una carta, por incierta que esta fuese. De ese modo, nunca existiría el fantasma de la duda en su existencia. Tony debía ir a Grand Central Station convencido de que le esperaba un porvenir duro y poco fácil. Sería la mejor prueba.

Pero el reloj luminoso del gran andén marcaba ya las ocho. El tren lanzó un silbido estridente. Era el aviso de que iba a partir.

Los altavoces avisaron. El tren para Búfalo tenía su salida en ese momento. La mirada de Janis recorrió todo el andén, hasta el final. Vio a muchas personas despidiéndose. Otras que llegaban a la carrera, para tomar el convoy o para despedir a alguien que se marchaba en él. Pero ninguna de ellas se parecía a Tony.

Se preguntó si realmente le causaba un gran dolor aquella decepción. Tal vez no fuera exactamente dolor, sino tristeza. Tony Ganner era un buen muchacho. Podía ser alguien, lejos de la influencia de sus familiares.

Quizá no era un gran amor el que sentía por él. Pero le hubiera

gustado poderle salvar de aquella mediocridad en que vivía, y de la que no tenía fuerzas propias para despegarse.

Ahora todo se había perdido ya. El tren estaba iniciando la marcha. Muy lentamente al principio. Después aumentaría la velocidad, en cuanto enfilase la recta a la salida de los andenes.

Su corazón, de repente, le dio un vuelco. Vio los faldones de un sobretodo gris, como el que acostumbraba a llevar Tony Ganner, flotando vertiginosamente, a impulsos de una carrera desesperada por llegar al tren. Era un hombre joven, alto, como el propio Ganner.

Pero no era Ganner. Lo advirtió cuando ya estaba junto al convoy, cuando se disponía a saltar al estribo que ella ocupaba. Instintivamente, para facilitarle la acción, Janis Dawns se echó atrás en la plataforma. Luego estiró una mano, aferró la gabardina gris, cuando el viajero retrasado alcanzaba el estribo, y el tren aceleraba, en la curva de salida de Grand Central Station.

Sorprendido, el joven la contempló, sujetándose al asidero de la portezuela. El aire agitaba sus cabellos oscuros. Tenía una semejanza con un actor cinematográfico. Sí, con Richard Conte. Janis encontró pronto el parecido. Sonreía igual; con una mezcla de dureza y cordialidad.

—Gracias —dijo simplemente, mirando la mano que sujetaba sus ropas.

Janis sintióse un poco embarazada bajo la mirada de los ojos oscuros y penetrantes. Soltó al viajero. En realidad, su ayuda había sido innecesaria…

—Creí… creí que podía caer —dijo, con escasa seguridad.

—Hubo un momento en que yo también lo creí —resopló, encaramándose finalmente a la plataforma—. Pero tenía que tomar este tren.

—Lo comprendo… —ella le estudió ahora con cierta simpatía—. Por un momento, creí que no iba a conseguirlo.

—Y por eso me echó una mano, ¿eh? —rio, y su risa fue de contagiosa sinceridad—. Se lo agradezco de veras, señorita… ¿Esperaba a alguien, no es cierto?

—Sí. Esperaba a alguien… —hubo repentina tristeza en su tono.

—¿Y no ha llegado?

—No.

—Bueno, no le extrañe demasiado. En estas noches, el tránsito es poco menos que invencible. No hay persona capaz de llegar a tiempo a su destino, si no sale dos horas antes de casa.

—La persona que yo esperaba, debió salir de casa con esas dos horas de tiempo. Sabía que no debía correr riesgos. Ahora, todo se ha perdido ya…

—Vaya. ¿Tan serio es? —la estudió, mientras cerraba la portezuela, e iniciaba la marcha, junto a ella, hacia el corredor del moderno, pulcro y confortable vagón del ferrocarril Diesel con destino a Búfalo.

—Sí. Era muy serio.

—¿Un hombre?

—Eso es.

—¿Su prometido?

Algo irritada, se detuvo en el pasillo. Sus pies apenas producían ruido sobre la espesa alfombra. También el joven que se parecía a Richard Conté se había parado.

—Pregunta mucho, señor… —comenzó.

—Rogers, Dan Rogers —se apresuró a presentarse el joven, con una leve inclinación—. A su disposición, señorita. Y disculpe si pregunto demasiado. Es la mala costumbre de mi oficio.

—¿Dan Rogers ha dicho? —ella le miró, parpadeando. Ahora le recordaba a alguien más que no era Richard Conte. Se dio un leve golpe en la frente al caer en la cuenta—. ¡Oh, claro, ahora recuerdo! Usted actúa en la televisión…

—Los martes, a las ocho de la noche —sonrió el joven, divertido —. «Un periodista anda por la ciudad». Es mi programa. ¿Lo ha visto alguna vez?

—Sí, lo he visto… Ahora comprendo por qué me resultaba tan familiar…

—También escribo una columna diaria en el «Tribune». Pero allí no sale mi fotografía. Y hay un chico medio italiano, en Hollywood, que se parece bastante a mí. No le sorprenda, pues, que le resulte familiar.

Se habían parado de nuevo, ahora ante la puerta de un compartimiento vacío, en el que aparecían dos maletines, uno

negro y blanco, y otro marrón, sobre la red.

—Es mi compartimiento —explicó Janis—. No viaja mucha gente hoy…

—Ocurre siempre en estas fiestas. Si no le resulto demasiado molesto, me quedaré también aquí. No nos sentiremos tan solos… ¡Ah! Prometo no hacerle preguntas.

Janis soltó una leve risa. Dan Rogers era simpático, desenvuelto y de un contagioso humor. Aceptó la compañía, preguntando algo extrañada:

—¿No lleva usted equipaje?

—No, casi nunca lo llevo. Creo que un hombre, con un cepillo de dientes y una máquina de afeitar encima, no tiene por qué cargar con más cosas.

—¡Cielos! ¿Y nunca se muda de camisa, de corbata o calcetines…?

—Sí. Cuando me canso, tiro una prenda y compro otra. Es lo más práctico.

Se sentaron. Uno a cada lado de la ventanilla. El paisaje nocturno se deslizaba ya, vertiginoso, al otro lado de la ventanilla. Tinieblas, luces y los fulgores lejanos de Manhattan. Janis estudiaba con asombro a su sorprendente interlocutor.

—Es usted magnífico. Y asombroso.

—No es la primera persona que me lo dice. Me gusta ser así. No me agrada parecerme a nadie.

—Evidentemente, es usted soltero —sonrió Janis.

—Evidentemente —asintió Dan Rogers, burlón, ofreciendo un cigarrillo a Janis y tomando él otro—. ¿Cree posible que ninguna mujer me aceptase tal como soy?

—No sé. La cuestión es un poco dudosa… ¿Va a Búfalo profesionalmente?

—Sí… —enarcó las oscuras cejas, sarcástico—. Parece que se han trocado los papeles. Es usted quien pregunta.

—Oh, perdone —se sonrojó ella, echándose atrás en su butaca —. Sin duda me ha contagiado.

—No creí que mi dolencia fuese contagiosa. Sin duda estoy más grave de lo que pienso —aspiró el humo del cigarrillo, expulsándolo en perfectas arandelas—. No me dijo si era su novio

el hombre a quien esperaba en el estribo, señorita…

—Dawns, Janis Dawns… Sí, era mi novio.

—No debe tomar medidas drásticas, sin averiguar antes lo que ocurre. Muchas veces, en noches así, uno quiere llegar a alguna parte, y nunca llega. Hay imprevistos, dificultades…

—A pesar de todo… él pudo llegar. Y no quiso.

El joven Rogers no comentó nada. Era una cuestión que no le afectaba. Y lo último que hubiera hecho en su vida, es mezclarse en los problemas íntimos de una mujer. Cambió repentinamente de tema, con aire trivial:

—Resulta extraño que viajemos en fechas así, ¿no es cierto?

—Sí. Supongo que debe tener usted razones urgentes para ello.

—En efecto, las tengo. Ya le he dicho que soy repórter. En Búfalo hay un suceso que debo narrar para mis televidentes y mis lectores. Obligaciones de la profesión. Usted también viaja en Nochebuena. ¿Por qué, señorita Dawns? ¿Cuestiones familiares?

—Sí —suspiró ella—. Dos familiares míos han muerto anteayer en el distrito de McKenzie.

—¿Distrito de McKenzie? Eso está en el Canadá, ¿verdad?

—El noroeste del Canadá. Un territorio alejado e inhóspito.

—Lamento que sean esas las razones de su viaje.

—En realidad, son familiares muy directos. Pero a quienes jamás he conocido. Un tío y un hermanastro. He sentido su muerte. Sin embargo, no puedo echarme a llorar desconsoladamente.

—Lo comprendo. ¿Y va a llegar hasta el noroeste?

—No. Residimos en Ontario. En Kirkland Lake, al norte de Ottawa. Es un lugar muy bello. Allí se celebrarán los funerales y todas esas cosas.

—¿Y no va a volver a Nueva York? —sonrió Rogers.

—Por el momento, no.

—¿Ni siquiera por el hombre que no llegó?

—Menos aún. Le dije que si no llegaba esta noche, todo habría terminado.

—Ya. Pero él puede ir a Kirkland Lake, después de todo.

—No. No irá. Conozco bien a Tony Ganner. Sabe que ha sido derrotado. Por sí mismo y por su familia. Nunca más intentará verme, lo sé.

—Y usted tampoco a él —suspiró Dan—. Es demasiado duro, señorita Dawns. Pero allá ustedes. De todos modos, si cambia de idea y vuelve alguna vez a los Estados Unidos, a Nueva York concretamente, me gustaría saludarla. ¿Por qué no viene por los estudios de la TV o por mi periódico? Sería muy agradable saber que todo ha terminado bien.

—¿Por qué había de serlo para usted? —se sorprendió Janis—. No nos conocemos…

—No importa. Los seres humanos nos debemos un poco de solidaridad y de mutuo interés —dijo Rogers sencillamente, extrayendo del bolsillo un billetero, y de él una tarjeta de visita. Se la tendió a Janis—. Quizá en estas fechas navideñas sea cuando recordamos que debemos ser mejores, y ocuparnos un poco de los demás. Ahí tiene mi dirección y mi teléfono. En casa, en el periódico y en la emisora. Guárdelo. Nunca se sabe si podemos llegar a sernos útiles unos a otros.

—Gracias —suspiró Janis, obedeciéndole—. Gracias, señor Rogers…

El ferrocarril lanzó un estridente silbido a través de la fría noche navideña. La poderosa máquina Diesel, arrastrando los metálicos y plateados vagones como una moderna oruga vertiginosa, se abría paso en la oscuridad, hacia el norte.

Detrás quedaban las luces, el conglomerado fabuloso de Nueva York. Y con él, Tony Ganner. El hombre que nunca llegó a Grand Central Station. El hombre que nunca llegaría ya a ninguna parte.

CAPÍTULO II

—...Y aquí termina el reportaje televisado que, por cortesía de los operadores de Radiotelevisión de Búfalo, hemos podido ofrecer a nuestros espectadores, con comentarios y entrevistas de nuestro enviado especial Dan Rogers.

En la pantalla se horró la imagen del locutor. Apareció Dan Rogers. Con su parecido a Richard Conte, su sonrisa de siempre, hacia las cámaras, sentado tras la mesa en que aparecía su nombre, sobre un tablero de metal.

—Aquí, señoras y señores, Dan Rogers se despide de ustedes, hasta la emisión del próximo viernes, a esta misma hora, patrocinada por la marca que usted conoce y que usted prefiere. Hasta entonces, a todos, muy buenas noches.

El «comercial» de siempre apareció, supliendo la sonrisa de Rogers. La música ligera sustituyó a su voz, familiar a tantos hogares americanos a la hora de la sobremesa.

Dan se incorporó de su asiento ante la cámara televisora, recogió sus papeles e hizo el habitual gesto de aprobación a «control». Luego, abandonó el estudio. Se encontró con un amigo en la antesala del «set».

—Hola, Rogers. Muy bueno tu reportaje desde Búfalo.

—Gracias, Paul.

Se alejó. Tenía el tiempo justo, como siempre. Recién llegado de Búfalo, tras su viaje relámpago, aún no había podido siquiera descansar. Y ahora, en una fulgurante carrera a través de Nueva York, a su periódico a redactar la columna habitual.

Su automóvil le trasladó con rapidez a través de Manhattan, a pesar de lo resbaladizo del asfalto. La nieve no había cuajado más que en los arbustos de los parques, en el gran árbol de Noel de Times Square y en unos cuantos lugares propicios. Pero en cambio

la calle, bruñida y resbaladiza como una negra pista de hielo, era un desafío constante a la suerte de los automovilistas. Cualquiera podía romperse la crisma con la mayor facilidad, en un terreno así.

Ahora había dejado de nevar, pero la densidad rojiza del cielo, sobre las agujas de cemento de Manhattan, no era nada halagüeña. No tardaría en volver a derramar copos blancos sobre la isla neoyorquina.

Llegó al «Tribune» cosa de veinte minutos después de borrarse su imagen en los televisores de toda la costa este del país. Subió apresuradamente a la planta de Redacción, y entró casi en tromba, repartiendo saludos monosilábicos a sus compañeros de la sala de reporteros.

Entró en lo que él llamaba «su jaula». Un despacho con paneles de vidrio esmerilado, una mesa repleta de papeles, galeradas y todo eso, y una máquina de escribir en una mesita rodante. Eso era todo.

Se sentó. Abrió un cajón, extrajo una botella plana, de whisky, y unos vasos de cartón encerado. Se sirvió una copa. Encendió un cigarrillo, metió un papel en el rodillo de la máquina y se dispuso a teclear.

Antes debía echar una ojeada a los informes y noticias apiladas en la mesa. A veces, siempre había algo allí. Podía escribir sobre el incendio y la explosión de Búfalo, pero de eso ya se hablaba en primera página. Él prefería la anécdota, el pequeño reportaje de valor humano que cada día reservaban las grandes ciudades a sus moradores.

Pasó revista rápidamente a los sucesos últimamente registrados, durante los días de Nochebuena, Navidad y fecha siguiente. Apenas nada. Accidentes de tráfico, heridos, riñas, borracheras, delitos de menor cuantía… Eso, en la información local. Se dispuso a buscar en la información de otros Estados, incluso en la internacional, si era preciso.

De pronto, se detuvo. Sus ojos se clavaron en el boletín de accidentes de tráfico. Un nombre había saltado ante sus ojos, como si de repente iluminaran sus letras con neón rojo. Lo examinó con mayor atención. Sí, era aquel.

«Tom Ganner. Muerto en accidente de automóvil. Se busca al coche que lo embistió, empotrándolo contra una tapia, donde murió instantáneamente, con la cabeza destrozada contra su propio

coche. El causante se dio a la fuga. Nadie presenció el suceso.»

Dejó el papel a un lado. Tony Ganner. Era el mismo nombre que dijera la muchacha del tren. Podía ser coincidencia. Miró la fecha del accidente: Nochebuena. Entre las siete y las ocho en un pasaje poco frecuentado, a menos de media milla de Grand Central Station.

Tenía que ser él. Y su prometida había esperado hasta las ocho en el estribo de un tren. Le había creído cobarde, imaginó lo que no era. Mientras tanto, el hombre a quien había esperado, estaba muerto en un callejón, vencido por la muerte, sobre el volante de su coche, cuando iba a su encuentro.

Empezó a teclear furiosa, rápidamente. Allí estaba el pequeño retazo de vida y de humanidad. Un error de interpretación, un retraso que sería eterno… Una anécdota dramática y simple, con un hombre y una mujer como héroes grises. ¿Qué otra cosa era la propia vida?

Terminó de escribir en pocos minutos. Arrancó la hoja del rodillo. Le aplicó un título con el rasgo rápido y nervioso de su pluma estilográfica:

«Cita a las ocho en Grand Central Station.»

Eso era todo. Llevó el pliego a la sala de linotipias. Sus columnas nunca pasaban por el control del redactor jefe. Él estaba fuera de esa supervisión.

Luego, Dan Rogers se sintió un poco mejor, pero más fatigado aún que a su llegada de Búfalo. No le gustaba el final de aquella peripecia en la estación. Sin embargo, tal vez ahora Janis Dawns, en su bello rincón canadiense de Kirkland Lake, llegaría a saber la verdad de lo que sucedió aquella noche.

* * *

—Ha sido un magnífico funeral —comentó Ada Bannister, tras un sollozo, levantando los ojos enrojecidos hacia sus acompañantes —. Gracias por llegar a tiempo, Janis. Tu presencia en Kirkland Lake estos horribles días, me ha hecho mucho bien.

—No podía faltar en modo alguno. Aunque jamás les viera

antes, eran mi hermanastro y mi tío.

—Tío Hendrick y tu hermano Percy, se hubieran sentido muy felices, de saber que tú, Janis, ibas a hacerme compañía en esta prueba —dijo un poco incongruentemente la viuda de Albert Dawns, padre de Janis—. Gracias por todo, hija.

Janis se limitó a inclinar la cabeza. Ada Bannister podía llamarla hija. Pero a ella le resultaba muy difícil llamarla «madre». En realidad, nunca se lo llamaba.

Nunca existió una gran cordialidad entre ellas. Ada Bannister era demasiado dura y autoritaria. Janis poseía un carácter independiente y rebelde. Por eso, a poco de morir su padre, ambas se separaron. Ada fue a vivir con sus primos, Clark y Brigitte Dawns, en Kirkland Lake Farms, a cosa de una milla de la población propiamente dicha, en una zona de granjas y haciendas rurales. Ada Bannister, sola con su administrador, que era a la vez administrador de los Dawns, Gregory Talbot, se quedó en «Long Acres», la propiedad de los Dawns en Kirkland Lake.

Y Hendrick y Percy, tío y sobrino, por parte de los Bannister, se quedaron siempre en sus tierras desoladas del noroeste, en los Territorios McKenzie, sin llegar siquiera a ser conocidos por Janis, tras la boda segunda de su padre.

Ahora, con la muerte de Hendrick y Percy, en el derrumbamiento de las galerías mineras de McKenzie, las cosas no habían cambiado mucho en Kirkland Lake. Después de todo, nadie podía echar mucho de menos a dos hombres que se pasaron su vida entre nieve y ventiscas, allá en el noroeste, buscando minas fantásticas y viviendo una existencia dura y violenta, pero que a ellos les gustaba, evidentemente.

Janis había llegado a escribirse durante algún tiempo con tío Hendrick y con su hermanastro Percy. Incluso les envió unas fotografías suyas. La última carta la envió desde Nueva York, cuando aún confiaba en arrancar a Tony Ganner de su esclavitud familiar, para hacerle su esposo. Tenía entendido que Percy era un muchacho valeroso, lleno de ambiciones y de fe en su valor como minero. Y que tío Hendrick era un viejo aventurero, jovial y fornido como un toro, enamoradizo como un chico de veinte años.

Por eso había lamentado su final trágico en el alud que les sepultó, allá en McKenzie. Sin conocerles, le parecían familiares,

entrañables. Pero ya nada podía hacerse por ellos. Ni por Ada Bannister, su madrastra.

—¿No vas a quedarte ahora con nosotros, hija mía? —preguntó Ada, cuando Janis tomó sus cosas, para salir de la casa—. Ahora te necesitaría tanto…

—No, madre —con un esfuerzo, le salió la palabra. La miró lealmente—. Voy con mis primos. Cuanto necesite de mí, no dude en pedírmelo. Pero usted sabe que nuestros caracteres no coinciden. Sería tonto pretender milagros. Lo ocurrido no va a cambiarnos a una ni a otra. Es mejor así, compréndalo.

Ada Bannister encajó los labios sin color. Sus oscuros ojos centellearon. Dominó su cólera con bastante acierto, y luego inclinó la cabeza, murmurando:

—Está bien, Janis. Tú sabes lo que más te conviene. Ven por aquí cuando quieras.

—Vendré, no lo dude —se inclinó, besó su mejilla con rapidez, y alejóse de la casa.

Empujaba la puerta de la valla, cuando alguien la saludó cortésmente:

—Buenos días, señorita Dawns. ¿Ya se marcha?

Alzó la cabeza. Su mirada se encontró con la fría y profunda de Gregory Talbot. El administrador de Ada Bannister, la viuda de Dawns, era todavía joven. Quizá no había cumplido los cuarenta. Tenía el cabello muy oscuro, con algunas salpicaduras de canas en las sienes. La nariz era recta, afilada, y los labios carnosos y duros. Su negro, recto abrigo, era impecable. Las manos se enfundaban en guantes color avellana.

—Sí, ya me voy —asintió Janis con firmeza—. Los funerales han terminado. No tengo nada más que hacer aquí.

—¿No piensa quedarse con la señora Dawns definitivamente? Ahora, ella se sentirá muy sola…

—Siempre lo estuvo. Tío Hendrick y Percy jamás vinieron por aquí…

—Pero, de todos modos, es una cuestión de moral, de espíritu. Se ha quedado virtualmente sola…

—Eso es. Sola. Hubiera seguido estándolo, con ellos en McKenzie. Lo siento, Talbot. Usted puede acompañarla, de todos

modos. Está más habituado a soportar el carácter de mi madrastra.

—Todos debemos hacer un esfuerzo por soportar a los demás. ¿Usted no?

—No. Yo no lo he intentado siquiera.

—Hace mal. Quizá es demasiado personal, demasiado rebelde a toda influencia ajena. Un espíritu independiente.

—Lo soy, en efecto. Y no quiero cambiar. Hasta siempre, Talbot.

Siguió adelante, dejando tras de sí al administrador. Fingió no advertir la mirada pensativa, contrariada, del hombre que cuidaba de los bienes, no demasiado cuantiosos, de la viuda Dawns.

Janis subió a su pequeño descapotable de línea deportiva y sencilla. Partió hacia Kirkland Lake Farms, por la carretera bordeada de blanca nieve. La luz del día, a pesar del cielo gris, centelleaba, hiriente, al reverberar en el manto nevado.

Llegó en poco tiempo a Kirkland Lake Farms. Detuvo el vehículo frente a la puerta de la granja que compartía con Clark y Brigitte. El propio Clark estaba en el nevado jardín, luchando en vano con unos tallos helados por el clima invernal. Al verla llegar, el rubio Clark alzó la cabeza, agitó su mano callosa, al final de la manga de su «mono» azul, y masculló, con su acento entre británico y francés:

—¡Hola, Janis! Entra en casa. Brigitte quiere enseñarte algo. Al parecer, es importante.

—Gracias, Clark —sonrió Janis, devolviéndole el saludo.

A Clark y a Brigitte no se les podían tomar a mal cosas como esta, de no asistir a los funerales de tío Hendrick y Percy. Sostenían la teoría de que uno debe hacer lo que pueda por los demás, mientras estos viven. Y que una vez muertos, todo es ya simple afán de quedar bien a los ojos del vulgo. Y el vulgo nunca preocupó demasiado al simpático matrimonio.

Brigitte estaba esperándola, ciertamente. Sentada en el *living*, leyendo un diario ante el hogar, donde ardía alegremente el fuego. La fea pelirroja, con su simpática faz salpicada de pecas, sus dientes desiguales y graciosos, sus redondos y grandes ojos azules, se volvió a ella al verla entrar. Su gesto experimentó un extraño cambio súbito.

—¡Oh, Janis, pasa! —bajó el periódico, y tragó saliva—. ¿Ya pasaron los funerales?

—Sí, ya pasaron —suspiró, tirando su sombrerito sobre una butaca, con gesto de cansancio—. Detesto estas cosas. Lo peor no es la muerte misma, sino lo que luego sigue…

—Claro, claro —Brigitte volvió a tragar saliva. Parecía cada vez más cohibida—. Pero una ha de resignarse con esas cosas… sea quien sea el que perdemos.

—Supongo que sí —la miró de soslayo, con cierta extrañeza—. ¿Por qué dices eso, Brigitte?

—Oh, por nada. Yo… yo… —hizo un gesto, y por fin, con aire irritado, tendió el periódico a Janis—. Bueno, querida, lo siento. Lo siento mucho. Pero debes leerlo.

—¿Leer el qué? —extendió la mano hacia el periódico—. ¿Dice algo de Hendrick o de Percy?

—No, no es eso. Es… de otra persona. Lee esa columna. La titulada: «Ha sucedido.»

—¡«Ha sucedido»! —Janis, asombrada, atrajo el diario hacia sí —. ¡Es el «Tribune»!

—Eso es. El «Tribune» de Nueva York. Acabo de adquirirlo en la librería. Jock me dijo que lo comprase. Trae algo sobre ti.

—¿Sobre mí? ¿Habrá sido capaz ese necio de Rogers de…? —se interrumpió. Sus ojos se habían clavado en la columna. Estaba leyendo. Su cuerpo entero vibró, con un estremecimiento profundo. Un frío repentino se extendió por su piel. Susurró—: ¡Dios mío!

—Sí, Janis —murmuró Brigitte—. Eso es lo que te quería decir. Ese necio de Rogers, como tú dices, ha querido revelarte algo. Decirte por qué Tony Ganner no llegó nunca a su cita de las ocho en Grand Central Station…

CAPÍTULO III

EL cementerio de Queens era moderno y muy bello. Allí eran sepultados los miembros de muchas familias honorables de Nueva York. Quizá lo mejor de la sociedad neoyorquina.

Al menos, había sido enterrado allí. Janis se detuvo ante la lápida. La inscripción era sencilla:

«Aquí yace Tony Ganner.
Muerto en accidente.
Siempre permanecerás con nosotros.»

Después de todo, ellos habían vencido. Era verdad que permanecía con ellos. Y ya nunca les dejaría. Ethel y Dennis Ganner habían ganado definitivamente a Tony. Pero ahora, Janis sabía que él trató de llegar, que iba hacia la estación cuando…

Sintió deseos de llorar. Y lloró, a pesar de ser una mujer fuerte. Su voz sonó trémula, a flor de labios:

—Mi pobre Tony… Ni siquiera en tu final pudiste ser independiente. Nueva York te venció. Y te retuvo para siempre. Siento haber dudado de ti, querido. Eras más valeroso de lo que jamás pensé. Quizá yo tengo un poco la culpa de todo esto. No debí exigirte tanto…

Se apartó de la tumba. Regresó lentamente hacia el exterior. Se cruzó con un hombre de abrigo marrón, de pelo, y sombrero gris, de fieltro. Estaba con el sombrero entre sus manos enguantadas, frente a un mausoleo. Ya le había visto antes, al entrar, y le parecía que en otro mausoleo diferente.

Ella siguió adelante. Por encima de su cabeza, los cipreses parecían dedos verduzcos y tristes, señalando al cielo gris. La nieve,

más escasas en Nueva York que en Kirkland Lake, se apelotonaba, sucia, en los arbustos y zonas de hierba.

Alcanzó la salida del cementerio. El taxi que la había trasladado allí, esperaba en la avenida de olmos. En la distancia, Manhattan se difundía en la bruma.

Se detuvo un momento. Debía una visita a Dan Rogers, el periodista. Su compañero de viaje de aquella Nochebuena, se había portado muy bien. Gracias a él supo lo ocurrido a Tony. Su familia nunca se lo hubiera comunicado.

—¿Desea que la acompañe a la ciudad en mi coche, señorita? —dijo de pronto una voz a sus espaldas.

Se volvió, algo sobresaltada. Encontróse con el mismo hombre del mausoleo. El del abrigo de pelo marrón. Se había encasquetado el sombrero gris. Los ojos eran grises, muy inteligentes y fríos. La boca enérgica, bajo un fino bigote grisáceo.

—No, gracias —replicó, algo tajante—. Tengo mi propio vehículo, señor.

El otro sonrió levemente. Luego, se inclinó ante ella.

—Disculpe si le parezco inoportuno. No quiero molestarla, ni deseo que llame a la policía por mi culpa. Sería una situación particularmente grotesca… porque yo soy la policía —exhibió una insignia de la Policía Metropolitana de Nueva York.

—¿Y la policía local es tan gentil que invita siempre a las desconocidas a dar un paseo en su coche? —se burló Janis, sin derretir su hielo ante la insignia.

—Claro que no —rio el hombre—. Además, usted no es una desconocida… señorita Dawns.

Janis dio un leve respingo. Miró asombrada a su interlocutor.

—Me conoce. ¿Puede explicarme este misterio, señor? —pidió, algo hosca.

—Por supuesto. Esperaba que viniese aquí. Su primera visita es a Tony Ganner. Rogers me lo dijo. Veo que la conoce bien.

—¿Dan Rogers? —Janis iba de sorpresa en sorpresa—. ¡Siempre él! ¿Me vigilan?

—No es esa la palabra. Diga, más bien, que nos interesamos en sus pasos. Tenía curiosidad por verla. Sé lo que sentirá, señorita Dawns. La columna de Dan en el «Tribune» era sencilla pero

expresiva. Usted… usted no sabía esto.

—No, no lo sabía —miró directamente al policía—. ¿Cómo pudo suceder?

—Todos los accidentes son iguales. Un hombre va en un coche, lleno de vida… y al momento siguiente ya no es nada. Un cuerpo destrozado sobre un volante. Así le pasó a Ganner. El coche que chocó con el suyo y se dio a la fuga.

—¿No lo han localizado todavía?

—¿El coche? Sí, ha aparecido. Es un «Pontiac» azul. Estaba abandonado en la carretera de Siracusa. Tiene la parte delantera hundida. Se han analizado rastros de pintura hallados en su proa. Corresponden al coche de Ganner.

—¿Y sus propietarios? ¿Han sido detenidos ya?

—Difícilmente podría hacerlo —sonrió el policía—. Habían denunciado la desaparición del coche, cosa de veinticuatro horas antes. Se lo robaron en Nueva Jersey.

—¿Robado? —Janis parpadeó—. ¡Pero eso carece de sentido!

—Aparentemente, sí. Lo dije nada más saberlo. Con sus mismas palabras, señorita Dawns. Para entonces, ya habían hecho la autopsia al cadáver. Ya sabe, la rutina de siempre en estos casos. Muerte por fractura de la base del cráneo, en el choque, que estrelló el coche contra una tapia, destrozándolo terriblemente. Y con él a Ganner. Dan Rogers estuvo conmigo en el hospital. Se le ocurrió solicitar otra nueva autopsia. Más detenida, más a fondo…

—¿Por qué? —indagó Janis, muy pálida, sintiendo que le flaqueaban las rodillas.

—Rogers tuvo la rara idea de que si un coche robado había causado la muerte a Ganner, podía haber algo más allí dentro. Me pareció una ocurrencia plausible y ordené un nuevo examen médico más amplio.

El policía hizo una pausa. Janis, con los nervios tirantes, le apremió:

—¿Y bien…?

—Resultó —el otro inclinó la cabeza—. El veredicto forense fue el mismo: muerte instantánea por fractura de la base del cráneo. Pero en todo el coche, no parecía haber un objeto capaz de producirla con aquellas características especiales. Era algo

metálico, durísimo, y de filo no muy ancho, en forma circular. Se estudiaron todas las posibles posiciones del cuerpo en el volante. Ninguna respondía al golpe dado. Entonces, Dan y yo fuimos al lugar donde fue hallado el «Pontiac» azul. Registramos los alrededores, con la ayuda de media docena de agentes y un aparato detector de metales.

—Dios mío, no dé tantos rodeos —suplicó Janis—. Siga, señor…

—Inspector Henlein —sonrió el policía—. Dave Henlein… Nuestra teoría resultó. Dimos con lo que buscábamos, en un descampado cercano. Lo habían enterrado en suelo blando, pero el detector acusó la presencia del metal. Era una llave inglesa. Se comprobó que en el «Pontiac» robado faltaba una, precisamente de ese tamaño. El laboratorio encontró adheridos cabellos en la llave. Eran cabellos de igual color y naturaleza que los de Tony Ganner…

—Pero… pero eso quiere decir…

—Sí, señorita Dawns. Eso quiere decir que, o mucho nos equivocamos, o Tony Ganner murió asesinado.

Lanzó un suspiro, antes de preguntar seguidamente a la demudada y estremecida Janis:

—¿Verdad que ahora accederá a pagar su taxi y venir conmigo al centro?

* * *

Janis Dawns abandonó el Departamento de Homicidios de la Jefatura Superior. Había esperado hallar allí a Dan Rogers nuevamente, pero la llegada de un importante político, miembro de las Naciones Unidas, al aeropuerto de La Guardia, le había desplazado urgentemente, con los equipos de televisión, y no regresaría hasta más tarde.

Janis prestó declaración de cuanto sabía, respondió a las preguntas rutinarias del inspector Henlein, y luego le fue leída su declaración, que firmó, saliendo a la calle, tras recibir el agradecimiento del policía.

Regresó al hotel donde se alojara durante sus vacaciones, aquellas en que conociera a Tony Ganner, y cuya dirección había dado al policía, para cualquier eventualidad. Iba llena de confusión, de estupor, de desaliento.

Tony Ganner asesinado… Era una idea fantástica, descabellada. Un asesinato lo es siempre para cualquier persona normal, habituada a un medio de vida apacible y simple. Pero más aún cuando ese hecho tremendo se abate sobre un ser querido, sobre alguien que a uno le es familiar.

¿Qué interés pudo tener nadie en matar a Ganner? Su familia era rica, pero no él. La tutela del joven, incluso, costaba dinero a Dennis Ganner-Simmons. Se lo había dicho el propio Tony. A no ser… a no ser que las cosas no fueran como él creía. Su padre murió, dejándole una suma ínfima para ser administrada por Dennis. ¿Era en realidad tan ínfima? ¿O existía un punto oscuro en lo que parecía tan evidente?

Janis era una muchacha de imaginación. Cuando leía una novela policíaca o veía una película de intriga, gustaba de anticiparse al curso de la narración e. intuir quién podía ser culpable, y por qué. Muchas veces, su mente había salido triunfante de la ingenua prueba.

Pero esto era distinto. Se trataba de un asesinato de verdad. Un hombre enamorado de ella, un hombre que había desafiado el poder familiar para acudir a una cita que significaba la mayor decisión de su vida… había sido muerto por alguien. El robo no se contaba entre las teorías predilectas del inspector Henlein. Ganner no era hombre rico. En su bolsillo se había encontrado su dinero: trescientos veintiocho dólares, seguramente toda su pequeña fortuna, reunida para arrostrar la gran aventura junto a Janis.

¿Quién tuvo interés en eliminar a Tony Ganner la víspera de Navidad? ¿Y por qué?

Dos preguntas difíciles de responder. Una tortura mental para Janis, que trataba en vano de ver claro, de intuir algo. Una incógnita para la policía. Y para Dan Rogers, el joven periodista, que tanto había hecho por esclarecer la ausencia de Ganner primero, y su extraña muerte después.

Pensó que debía de ver a Rogers. Pero tendría que esperar a que volviese del aeropuerto. Antes de eso, podría hacer algo todavía. Intentar ver a alguien más que le hablase de Tony. Alguien por quien no iba a ser bien recibida: Dermis Ganner-Simmons, su tío y tutor.

Se cambiaría de ropa, tras tomar una ducha que serenase algo

sus nervios, y se encaminaría a la que fue la residencia de Tony hasta aquella Nochebuena en que salió de allí… para no volver nunca.

* * *

Dan Rogers había concluido su reportaje, filmado en el aeropuerto de La Guardia. Se despidió del operador agitando su mano alegremente, y saltó a su automóvil, lanzándose de regreso al centro de Nueva York.

A estas horas, Janis Dawns estaría ya en la gran ciudad de los rascacielos, si sus cálculos no estaban equivocados. Posiblemente, incluso sabría ya la realidad de lo sucedido, con la muerte intencionada de Tony Ganner, a manos de persona o personas desconocidas.

Seguramente sería un duro golpe para ella, saber las auténticas razones que impidieron el encuentro en Grand Central Station. Pero eran cosas inevitables. Cuando él dio publicidad al suceso, no imaginaba en lo que iba a desembocar.

Ahora, era demasiado tarde para volverse atrás. La máquina policial estaba en marcha. No se detendría ya hasta localizar al asesino, y cerrar sobre él su cepo inexorable. Ojalá fuese pronto. Dan Rogers detestaba toda clase de delito. Pero el crimen, sobre todos.

El coche le aproximó con rapidez a Manhattan. El asfalto estaba resbaladizo por la nieve, pero Rogers dominaba bien el volante. Le irritaban los trabajos como aquel, de ir al aeropuerto a recibir a un político, por importante que fuese. Odiaba la política, y le parecía ridículo y desorbitado el aparato informativo en torno a sus gentes. Pero Dan Rogers y su espacio televisado requerían la máxima actualidad, la noticia semanal de mayor interés. Era un esclavo de la información de última hora.

Un gran camión, ante él, le cerraba el paso, con una marcha lenta y renqueante. Era un vehículo de gran tonelaje, con la carrocería pintada con una gran muestra de una industria de productos químicos.

Rogers hizo sonar su claxon, para que le dejara paso. El camión había salido de una bifurcación recién alcanzada. Su conductor no debió de oírle, porque el vehículo continuó con su marcha de

tortuga, pero siempre con igual resultado negativo. El camión no cedió el paso, impaciente, el joven reportero se inclinó sobre el volante, endurecido el gesto. Aquel necio iba a oírle.

Se dispuso a rebasarlo, aun arriesgándose a pisar con su coche la línea blanca que dividía ambos lados de la calzada, contra las disposiciones del tráfico. Del lado opuesto venían muchos vehículos lanzados por la autopista, y era peligroso intentarlo.

Pero en cuanto pisó el acelerador, y trató de rebasar al camión, ocurrió algo imprevisto. El mastodóntico vehículo aceleró de repente, sin dejar de cubrir toda la derecha de la calzada.

Rogers, furioso, se vio obligado a acompasar nuevamente su marcha a la del gran vehículo. El camión aceleró más y más, como en un pugilato estúpido por no ser rebasado, y tomando una velocidad excesiva para su mole. Rogers le siguió, como una flecha, aprovechando la ocasión propicia para desarrollar mayor velocidad.

El camión, de pronto, tuvo una oscilación violenta, sobre sus grandes ruedas. La puerta posterior se abrió, algo cayó a la carretera rebotando en el asfalto y rompiéndose en mil pedazos.

No supo cómo fue. Pero Dan Rogers captó el peligro, el terrible y mortífero peligro, en décimas de segundo. En el tiempo preciso para poner remedio al desastre.

Lo que el camión había soltado sobre la carretera, era una garrafa de cristal repleta de un líquido espeso, brillante, que tuvo reflejos irisados al ser herido por los faros del automóvil del reportero.

¡Grasa!

El automóvil, de seguir su ruta normal, hubiera patinado sobre la densa grasa, y Rogers jamás hubiera podido hacerse cargo del mando nuevamente. Pero sus manos, expertas y firmes, dieron un giro vertiginoso al volante, y el automóvil saltó de costado, al tiempo de girar sus ruedas hacia la izquierda, saliendo al centro mismo de la carretera, y eludiendo, acaso por simples pulgadas, que sus neumáticos rodaran sobre el charco negruzco, brillante y viscoso.

Fue una maniobra audaz y peligrosa. Un potente «Cadillac», procedente del lado opuesto hizo sonar su claxon con desesperada urgencia, viró también con violencia, e impidió así lo que hubiera

sido un brutal, terrorífico impacto de consecuencias imprevisibles.



Fue una maniobra audaz y peligrosa...

2 — *Reportaje*

Mientras el camión; culpable del incidente, se perdía en la distancia, el «Cadillac» y el coche de Rogers lograban frenar dificultosamente, el uno cruzado en medio de la carretera, y el otro empotrado en los arbustos llenos de nieve de la cuneta. Otros coches pararon, creyendo que el choque había llegado a producirse.

El conductor del «Cadillac» saltó airadamente a tierra, gesticulando con viveza. Se encaminó a Rogers, que continuaba

sentado ante el volante, contemplando pensativamente el blanco panorama que sus faros iluminaban con crudeza en el atardecer.

—Pero, ¿es que no sabe por dónde va? —gruñía el individuo—. ¡Se metió en la izquierda! ¡Casi nos estrellamos, por su maldita torpeza!

Rogers le contempló, aún aturdido. Luego, recordó algo. Y sin hacer caso al hombre, casi a punto de arrollarle, puso en marcha bruscamente el vehículo, y se lanzó como una flecha hacia el lugar de la mancha de grasa. En la distancia, unos faros de coche se aproximaban, crecían de tamaño.

—¡Eh! —chilló el hombre—. ¡Que me mata! ¿Se ha vuelto loco, por todos los diablos?…

Pero ya el periodista frenaba de nuevo, cruzándose en la carretera, con sus faros asestados sobre la mancha brillante y negruzca extendida por la cinta de húmedo asfaltó. Luego, cerró el encendido y saltó a tierra. Ya el hombre se le venía encima, hecho una furia.

—¡Haré que le encierren! —aullaba—. ¡No volverá a conducir en su vida!…

—Cierre el pico de una vez —le atajó Dan con aspereza—. Tiene usted toda la razón, amigo. Pero yo tengo la mía. Eche una ojeada ahí. ¿Cree que podía hacer otra cosa antes, si quería evitar que mi coche y yo nos hiciéramos pedazos? ¿Podía intentar otra maniobra ahora, para impedir que otro cualquiera siguiese igual suerte?

El hombre, con los ojos desorbitados, contempló la mancha. Se acercó a ella, en tanto el automóvil avistado frenaba ya, haciendo sonar su claxon inútilmente. Tras él, otros automóviles pararon igualmente, en espera de que tuvieran paso libre. Se inclinó el del «Cadillac», tocando el líquido espeso. Lo olió, y juró entre dientes.

—Aceite mineral —dijo con voz ronca—. Cielos, ¿cómo pudo ocurrir esto?

—Cayó de un camión, delante de mí. Lo llevaban en una garrafa de cristal. Es absurdo todo, pero así fue. Esto pudo costar varias vidas.

—No tiene que jurármelo —rezongó el otro—. Lo menos se han derramado cincuenta litros de grasa. Esta carretera estará impracticable hasta que quiten la última gota de aceite…

Dan Rogers no comentó nada. Se limitó a asentir, con aire pensativo. Estaba preguntándose cómo era posible un descuido semejante. Y cómo el camión no le cedió paso en ningún momento. Daba la impresión de que la grasa había sido derramada en su honor. Resultaba monstruoso pensarlo, pero Dan lo pensó.

Y la idea no le gustó en absoluto.

CAPÍTULO IV

—¿Es usted Janis Dawns, señorita?

—Sí, señor Ganner. Yo soy.

Se estudiaron larga, pensativamente. Los dos con hostilidad evidente, con aspecto de poca cordialidad. La dura faz de Dennis, como tallada en roca, las arqueadas cejas y los ojos decisivos, no reflejaron emoción alguna.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que desea de mí, señorita Dawns?

Janis vaciló. Había estado preparando las respuestas para esta entrevista. La pregunta previa de Dennis no se diferenciaba en nada de lo previsto. Y aun así, no se sentía segura. La expresión dura del hombre, su frialdad a toda prueba, influían acaso en ella. Dennis Ganner era un luchador, un ave de presa, y siempre estaba en guardia cuando se enfrentaba a alguien. Podía advertirse eso fácilmente.

—He venido a hablar de Tony —dijo por fin, tras tomar aliento.

—Tony ha muerto —dijo el hombre, con voz sorda.

Y pareció mostrar el negro de su traje para confirmarlo.

—Lo sé. Pero también se debe hablar de los muertos.

—¿Y qué es lo que tiene que decirme usted de Tony, que yo no sepa? —sonrió Dennis.

—Por el contrario, usted sabe mucho más de él que yo. Sabe que les abandonó. A usted y a Ethel, para reunirse conmigo en la estación aquella noche.

—¿Sí? ¿Quién se lo ha dicho?

—Los sucesos mismos me lo han dicho. Murió cerca de la estación. Poco antes de la hora en que habíamos de reunirnos. Perdieron ustedes la partida. Él se marchó de esta casa.

—Señorita Dawns, sus palabras son impertinentes. Pero,

además, son falsas. Tony no se marchó de casa. No nos dijo nada de usted ni nos abandonó en absoluto. ¿O vale más su criterio que el mío?

—Ya sé que lo negará. Tony es el único que podría confirmar lo que yo digo. Y ha muerto.

—Sí. Ha muerto —asintió fríamente Dennis—. ¿Por qué no trata de pensar en eso y le deja en paz? Si usted pensó que él era rico y podía pescar un marido envidiable, se equivocó por completo. Tony no tenía nada suyo, señorita Dawns. Todo nos lo debía a nosotros. Era un mal negocio casarse con él. Suponiendo que Tony hubiera aceptado. ¿Sabía ya que era el prometido de Ethel, mi sobrina? Al casarse, hubiera pasado a ser presidente de mis factorías. Usted no podía competir con todo eso.

Janis podía contestar muchas cosas a eso, pero no lo hizo. No llevaría la discusión por los cauces que quería Dennis. Ella sabía que Tony rechazó ese anzuelo dorado. Le bastaba con saber que murió camino de Grand Central Station. Y que faltaban pocos minutos para las ocho en aquel momento…

En vez de ello, esbozó una sonrisa fría, despectiva, y atacó a Dennis por un flanco totalmente imprevisto:

—Me gustaría saber por usted, señor Ganner, quién se beneficiaría, en ese caso, con la muerte de Tony. He venido a eso, en realidad.

—¿Beneficiarse? —Dennis arqueó inverosímilmente sus cejas de diablo. Parpadeó con estupor—. No… no la entiendo. Creo haberle dicho que no tenía nada suyo. ¿Por qué había de beneficiarse nadie? ¿A qué viene esa pregunta?

—Sí, señorita Dawns, ¿a qué viene? —llegó, como un eco, la voz de una mujer, desde el fondo de la sala—. Es una pregunta horrible…

Janis giró la cabeza vivamente. Su mirada belicosa se encontró con la de los ojos azul ultramar, brillando en la faz sensual, de boca golosa y gordezuela. Vestía un extraño pijama ceñido a su cuerpo curvilíneo, rojinegro, de pantalón amoldado a sus largas piernas, y chinelas rojas, de madera y piel. Se apoyaba en el quicio de la puerta, estudiando glacialmente a Janis Dawns.

—Señorita Ganner-Simmons —cortó con tono duro Janis—. La pregunta es horrible. Pero también es horrible el asesinato. Y a

Tony le asesinaron…

Un silencio estupefacto siguió a esa cruda revelación. Janis sabía por el inspector Henlein que ni Ethel ni Dennis conocían la naturaleza de la muerte de Tony, hasta entonces oculta a todo el mundo. Por eso había soltado la bomba. Esperó, estudiando sus rostros, a la caza del menor fallo en su apariencia serena.

No ocurrió otra cosa que el natural asombro en dos personas que oyen por vez primera una noticia. Dennis cambió una mirada incrédula con su sobrina. Ethel, algo pálida, se estremeció visiblemente, y luego hinchó su potente busto, avanzando sinuosa unos pasos hacia la joven visitante.

—¡Miente! —silabeó furiosa—. ¿Cómo se le ocurre una atrocidad así? ¡Tony murió en un accidente, nadie tuvo razón alguna para causar daño a Tony! ¡Tío Dennis, debe echar a esta cazadotes de casa!

—Un momento —atajó Dennis, más sereno. Miró hostilmente a su visitante—. Señorita Dawns, su sugerencia es inadmisible y monstruosa. ¿Cómo se le ocurre algo así? Tony sufrió un accidente, todo el mundo lo sabe… Si lo que ahora pretende es vengarse en nosotros, de haber perdido un buen partido, le diré que se equivoca. Tengo la fuerza suficiente para hacerla echar de esta ciudad e incluso del país. Usted es una extranjera, y viene a insultarnos en nuestra propia casa. ¡Es intolerable!

—Trate de echarme, señor Ganner —le desafió Janis—. Pero va a costarle mucho trabajo. Si es cuestión de dinero, tengo tanto como usted. Y precisamente lo que pretendía era salvar a Tony de la abyecta inferioridad en que lo tenían ustedes sumergido. En cuanto al asesinato… es cierto.

—¡Échala, tío! ¡Es horrible oír cosas así! —gritó histéricamente Ethel.

—Serán más horribles cuando el inspector Henlein, de la División de Homicidios, venga a hacerles preguntas —sonrió Janis duramente—. Ya han hecho la autopsia del cadáver. Y ya han encontrado el arma del crimen, una llave inglesa… Ahora, quieren saber quién tuvo interés en cometer el delito. Y yo voy a poner todo mi esfuerzo en ello. No descansaré hasta ver caer al culpable de esa infamia… ¡sea quien sea! Ahora, buenas tardes. No necesitan echarme ustedes de esta casa.

Dio media vuelta. Altivamente, llegó a la puerta. Ethel, con voz borrosa, insegura, la interpeló a sus espaldas:

—¡Espere!

Pero Janis ni siquiera se volvió ni detuvo su marcha. Ni Ethel ni Dennis insistieron, y la muchacha abandonó la residencia de los Ganner.

Una vez en la calle, volvió la cabeza, estudió con tristeza el edificio donde Tony había vivido, y luego se alejó. No había obtenido gran cosa de su visita a los Ganner. Podían fingir o no. En realidad, parecía cierto que no tenían la menor ganancia con su muerte. Y a fin de cuentas, eran parientes directos. Resultaba monstruoso pensar que albergaron en su interior ideas homicidas.

Pero, evidentemente, alguien había matado a Tony. La personalidad y las razones de ese crimen aparecían oscuras, profundas e insondables.

Y ella quería encontrarlas. Estuvieran donde estuviesen. Y a toda costa.

* * *

El taxi se detuvo en la calle Treinta y Siete. El edificio era un moderno alojamiento de apartamientos. Allí vivía Dan Rogers, según su tarjeta.

Janis había preferido ir allí que a la emisora de televisión o al periódico. Nunca pensó seriamente, al despedirse de él en Búfalo, que iba a utilizar alguna vez aquella tarjeta, ni siquiera que iba a tener la menor necesidad de ver al joven y popular periodista de físico parecido a Richard Conte.

Sin embargo, allí estaba ahora. En la propia casa de Rogers. La marcha de los acontecimientos, desde el encuentro en el tren de Búfalo, se habían precipitado, en forma totalmente imprevista. Solamente así se explicaba que Janis hubiera dejado de nuevo el Canadá, para presentarse en Nueva York, a conocer las circunstancias de la muerte de Tony Ganner en Nochebuena.

Janis abonó la carrera y descendió a la amplia acera, a poca distancia del edificio. Caminó con paso presuroso hacia la puerta del edificio.

No supo por qué lo hacía. Pero miró a su izquierda, al borde de

la acera, que acababa de abandonar el taxi en el que llegara ella. Fue un simple gesto, un movimiento instintivo.

Su instinto le dejó ver el peligro, y salvó su vida.

Un automóvil oscuro había aparecido en la esquina inmediata, detrás de ella y avanzaba rápidamente, pegado a la acera. Cuando estuvo a su altura, se abrió la ventanilla posterior, descendiendo el cristal unas pulgadas. Algo centelleó dentro, reflejando la luz de las farolas y de un neón verde, en un restaurante inmediato a la casa de apartamientos.

Janis se había criado en los grandes bosques y en las campiñas agrestes del Canadá, donde la vitalidad y la energía física son fundamentales, porque la naturaleza misma las proporciona. Jamás agradecería lo bastante ese ejercicio que la dotara de agilidad y precisión de movimientos, años atrás. Porque ahora le fue de gran utilidad, cara a cara con la muerte.

En cuanto captó el brillo metálico tras la ventanilla del coche, soltó su bolso, que rodó por la acera, y lanzóse de un salto agilísimo a la escalerilla descendente que conducía a los bajos del restaurante, junto a una barandilla metálica.

Era el único sitio donde podía encontrar la salvación a los proyectiles que partieron del interior del vehículo, con un siniestro tableteo.

El estruendo de los disparos llenó la calle, y los fogonazos anaranjados empujaron los proyectiles, que salpicaron el borde de asfalto de la escalerilla descendente por la que cayera Janis, o rebotaron, maullando agudamente, en los barrotes metálicos de la barandilla.

Luego, el coche se alejó, con una velocidad impresionante, aullando las gomas de sus ruedas sobre el asfalto mojado. Dobló la esquina inmediata sin reducir su velocidad, manteniendo milagrosamente el equilibrio.

Janis, entretanto, se incorporaba tan solo a medias, muy pálida y asustada, sin resolverse a salir de la planta situada bajo el nivel de la calle. La puerta del restaurante se abrió, y un gordo cocinero y un camarero de extraño peinado engomado salieron, apresurándose a inclinarse sobre ella.

—¡Cielos! ¿Le ocurre algo? —preguntó uno.

—¡Esos disparos! —exclamó el otro—. ¿Le han hecho daño?

—No, no, gracias —suspiró Janis Dawns, apoyándose en el muro—. No ocurrió nada. No sé lo que ha sucedido. Debieron disparar sobre alguien. Yo vi el arma y me tiré hacia aquí…

—Pues posiblemente ha salvado su vida con esa decisión —opinó el cocinero—. Esas balas rebotaban en la barandilla, estoy seguro…

Janis también estaba segura. Agradeció su interés a los dos hombres, y comenzó a subir la escalera. Eran pocos tramos. Exactamente seis. Pero habían bastado a librarla de morir.

Pisó la acera. Miró en torno. No vio ni rastro del coche oscuro. Había grupos de gente, pero nadie la prestó atención. Lo que menos se imaginaban era que una mujer estuvo a punto de caer bajo aquellas balas. Se aproximaban dos agentes uniformados, a la carrera. Pero Janis estaba segura de eludir las preguntas, precisamente por no asociarla nadie con lo ocurrido.

Se apartó de los grupos, dirigiéndose al edificio de apartamentos. Súbitamente, una mano cayó sobre su brazo, aferrándola con fuerza. Ella casi lanzó un grito, al volverse sobresaltada.

—No se asuste, señorita Dawns. Soy yo.

—¡Rogers!

Era él. Con su sonrisa de siempre, con su parecido a un actor de Hollywood y su aire desenvuelto, seguro de sí. Había surgido súbitamente, como materializado en el aire, junto a ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él.

—Alguien disparó desde un coche. Vi el brillo del arma… en la ventanilla.

—¿Contra quién dispararon?

—No… no lo sé… —miró angustiada a Rogers. Vio en sus ojos la misma expresión que debía tener ella. Balbució luego, estremeciéndose—: No estará creyendo que yo… que yo…

—¿Que usted era la víctima? —Dan Rogers, sombrío, asintió—. Sí, es lo que estoy pensando.

—¡Dios mío! Pero, ¿por qué?

—¿Por qué he tenido yo que sortear un charco de aceite sobre la carretera, hace apenas una hora? Es la misma razón, señorita Dawns. La misma siempre: alguien tiene un gran interés en

eliminarnos. A usted y a mí.

—¡Oh, no! Sería…

—¿Horrible? Sí, es horrible. Pero si es cierto, hay que afrontar esa realidad. Señorita Dawns, las cosas han cambiado mucho desde que nos vimos anteriormente, ¿recuerda?

—Sí. No puedo olvidar las cosas que ahora son diferentes. Como tampoco puedo olvidar que usted ha hecho mucho por mí.

—Olvídese de eso. Es secundario. Cuando publiqué aquello, fue por puro interés humano del suceso. Y también por darle a usted la noticia de alguna forma. Lo que no podía saber, es lo que nos esperaba después.

—¿Quién iba a imaginarlo, Rogers? Todo parece un puro disparate. Desde el hecho de que alguien quisiera matar a Tony… hasta esto de ahora.

—Seguramente vigilaban mi vivienda, esperando que usted viniese aquí. Entonces dispararon. A mí debían esperarme cerca del aeropuerto, y utilizaron el truco del camión cargado de grasa mineral. De las dos trampas hemos salido bien. Pero ellos pueden insistir, y acaso entonces no tengamos la misma suerte.

—Pero si unos intentaban tenderle a usted una trampa en la carretera, y otros disparaban sobre mí ahora… se trata de una asociación o un grupo de varios asesinos. No creo que pueda una sola persona abarcar tanto.

—Le sería físicamente posible haber manejado el camión, y cambiar luego de vehículo, para venir luego aquí a atacarla a usted. Pero yo no lo creo. Posiblemente está en lo cierto y estemos frente a una auténtica organización.

—Todo esto carece de sentido, no es posible que ocurran estas cosas… Solamente suceden en la imaginación de los escritores, Rogers. Yo soy una mujer vulgar, jamás viví una aventura. Y ahora… me veo metida en estas tinieblas, en esta pesadilla…

—Las cosas ocurren así. No desespere todavía —estaban ya entrando en el edificio de apartamentos—. ¿Le importa subir conmigo a mi apartamiento?

—En absoluto. Soy una chica moderna. Y fío en su caballerosidad —le sonrió débilmente, con forzado humorismo.

Subieron en el ascensor. Dan Rogers poseía un apartamento

reducido pero moderno y pulcro. Ante un mueble bar, iluminado indirectamente en un tono rosado, Dan sirvió dos whiskies con soda. Chocaron los vasos entre sí. Luego, Dan arrugó el ceño y, dando unos pasos por la estancia, prosiguió hablando:

—Le dije que no desesperara todavía. Y voy a decirle por qué. No sabemos nada. Pero lo último que uno asociaría con Tony Ganner es una organización criminal como la que parece tenemos enfrente. Esto no está claro, ni es lógico nada de lo que ocurre. En alguna parte existe un error, y tenemos que localizarlo, impedir que los asesinos sigan descargando sus golpes. O, en otro caso, saber lo más importante de todo: ¿por qué?

—¿Por qué? Me lo estoy preguntando yo todo el tiempo, y me vuelvo loca. No veo razón alguna. He ido a ver a la familia de Tony.

—¿Y les ha dicho lo que la policía sospecha?

—Tuve que hacerlo. Tal vez hice mal, pero…

—Oh, no se preocupe. De todos modos, tendrá que saberse oficialmente en breve. ¿Observó alguna reacción especial en ellos?

—Solo asombro, inquietud… un poco de incredulidad… Pero eso puede fingirse.

—Sí, se puede fingir. A veces, es más convincente en la ficción que en la realidad.

Callaron. Por unos momentos, Rogers estuvo reflexionando, dando cortos paseos, con su vaso de whisky entre las manos, y la mirada ausente. Por fin, se detuvo, volvióse a Janis y observó:

—¿Por qué no deja usted este asunto?

—¿Eh? —Janis parpadeó, sorprendida, mirándole sin comprender—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Justamente lo que he dicho. Ya ha venido a Nueva York. Ha visto la última morada de Tony Ganner, sabe lo que sucede, y tiene la seguridad de que la policía no cejará en sus pesquisas, hasta tener al culpable al alcance de su mano. Vuélvase a su casa. Será mejor.

—¿Mejor para quién? ¿Por qué motivos?

—Ya ha visto el riesgo que acaba de correr. Es… es preferible no arrostrar un nuevo peligro semejante.

—No existe razón para que me ataquen a mí. Yo no sé nada de

nada, no logro entender por qué murió Tony, por qué atentaron contra usted y contra mí…

—Tampoco lo entiendo yo. Pero debe dejar eso de lado. Todo ha de tener una explicación, por complicada que sea. No la busque. Para eso está la policía. Incluso yo.

—¿Usted?

—Sí. Soy periodista, repórter de la televisión. Inicié un reportaje simplemente humano, una anécdota que me pareció emotiva para mis lectores y telespectadores. También, en el fondo, porque era el medio de que usted, estuviera donde estuviese, llegara a saber lo que le ocurrió a Tony. Jamás pensé que eso sería el principio de un caso criminal. Siendo así, el reportaje debe seguir. No por sensacionalismo, sino porque el periodista tiene el deber de servir a la gente la verdad. Sea bella o sea desagradable, señorita Dawns.

Janis Dawns inclinó la cabeza. Asintió despacio, y luego alzó sus ojos profundos, fijándolos en el repórter.

—Le entiendo, Rogers. Le agradezco ese interés. Pero moralmente, no debo dejar esto. ¿Se da cuenta de que no viviría tranquila en el Canadá, sabiendo que aquí hay un criminal o criminales en libertad… que Tony reposa en ese cementerio de Queens, sin haber sido vengada su muerte… y que usted, Rogers, puede sufrir algún daño, incluso…?

—Incluso morir, ¿no es cierto? —sonrió Dan Rogers—. ¿De veras le preocupo un poco, señorita Dawns?

—Sí. Es mi amigo. Le debo… gratitud y afecto, Rogers.

—Gracias —el periodista inclinóse ligeramente, con aire burlón, alzando su vaso de whisky—. No olvidaré esas palabras. Pero su presencia en Nueva York no resolverá el problema, si realmente hay alguien que desea eliminarme. ¿Se da cuenta?

—Sí —Janis respiró hondo. Tras una pausa, prosiguió—: Muy bien, Rogers. Parece usted muy interesado en mi marcha. Voy al hotel ahora. Reflexionaré sobre ello, y tal vez resuelva marcharme. No lo sé aún. Pero si me voy, será preferible que no me informe de nada de cuanto suceda. Después de todo, nada puedo hacer ya por Tony. Solo rezar por él…

—Es cierto, señorita Dawns —aseguró Dan con cierta sequedad —. Y, de paso, si decide volver a Kirkland Lake, rece también un poco por mí… Puede hacerme falta.

CAPÍTULO V

SENTÍASE indecisa, mientras disponía sus cosas en el cuarto del hotel. Por un lado, estaba la evidencia del ataque que sufriera en pleno Broadway, poco después de que Dan Rogers estuviera también a punto de morir en la carretera. Por el otro, las dudas y recelos en torno a la muerte de Tony Ganner.

Había ido a casa de Tony, convencida de que su familia podía tener alguna culpa en lo ocurrido. Y lo peor es que esa impresión no se había desvirtuado. Ethel era una mujer orgullosa, engreída y peligrosa, especialmente si se la humillaba. Tony lo hizo sin duda, al marcharse de casa. En cuanto a su tío, no parecía capaz de un hecho cruel, si no era por interés financiero. ¿Y qué interés podía tener para él su sobrino, si su padre apenas le dejó dinero al morir, y el propio Dennis añadía de su bolsillo el dinero suficiente para la pensión de Tony? Además, Dennis Ganner era un hombre de numerosos negocios y una industria establecida sólidamente en Nueva York.

A pesar de todo, Janis no se sentía segura de nada. Solo de una cosa: alguien asesinó a Tony Ganner. Y ese alguien había intentado matarla también a ella. La convicción no resultaba demasiado agradable.

Cuando zumbó el teléfono, se sobresaltó. Dejó de disponer su pequeño equipaje, y extendió la mano, tomando el aparato.

—¿Diga? —inquirió.

—Señorita Dawns, hay alguien que pregunta por usted —informó el telefonista—. Dice que es muy urgente que la vea.

—¿Quién es? —rápidamente, Janis se puso en guardia—. ¿Ha dicho su nombre?

—Sí. Paul Mac Namara.

Paul Mac Namara. Se quedó callada. ¿Quién era Paul Mac

Namara? Jamás le oyó nombrar antes. Acaso un amigo de Dan Rogers, un policía… o un asesino. Se estremeció ante esta última posibilidad. Y preguntó:

—¿Qué aspecto tiene?

La risa del telefonista le llegó por el receptor nítidamente. Y su posterior aclaración:

—Perdone. Pero es un tipo singular. Le estoy viendo ahora desde aquí. Él no me puede oír, de modo que le diré cómo es. Un tipo estrafalario. No es muy viejo, pero lo parece. Lleva una barba de apóstol, traje de franela a cuadros, botas montañeras y pantalón de pana. Un gorro de colores, en lana, y una mochila de montaña. Parece como si viniera del Polo Norte. Ha dicho que es camarada de sus familiares, Hendrick y Percy. Y que necesita verla a usted urgentemente.

Janis meditó unos segundos. Un hombre de aspecto extraño, surgiendo en Nueva York como un duende. Y venía en busca suya. ¿Quién le enviaba, cómo llegó a localizarla en una ciudad de doce millones de habitantes?

—Está bien —se resolvió—. Dígale que suba. Le recibiré.

—Muy bien, señorita Dawns. Pero tenga cuidado —aconsejó burlonamente el telefonista—. A lo mejor trae la idea de secuestrarla para llevársela a algún poblado esquimal.

El muchacho rio el chiste, y Janis apenas si lo sonrió ligeramente, mientras colgaba, con gesto de preocupación. Posiblemente hacía mal en recibir a aquel señor Mac Namara, de tan singular aspecto. Pero había nombrado a tío Hendrick y a su hermanastro Percy, las víctimas del alud en el Territorio de McKenzie. Eso la había decidido a recibirle.

Cuando golpearon a la puerta, con un estruendo formidable, Janis cerró los dedos en torno al mango de unas tijeras. Eran largas, afiladas. Las utilizaba para recortar páginas de modas de los diarios, una de sus aficiones de adolescente que no se le había quitado. Solo que ahora, sus recortes eran de un suceso: el asesinato de Tony Ganner, iniciado con el reportaje de Rogers sobre un encuentro en el tren.

Guardó las tijeras en un bolsillo de su chaquetón, mientras la puerta era aporreada violentamente, y un vozarrón impresionante aullaba:

—¡Vamos, abra, señorita Dawns! ¡Abra a un amigo, por todos los diablos!

Janis se sintió un poco asustada en principio. Pero abrió la puerta. Una especie de alud humano, multicolor y aplastante, penetró en la habitación. Una camisa de franela, verde y amarilla, destelló como una jungla tropical, y el gorro de punto rojo y azul, formó un iris insoportable a cualquier mirada sensible. Janis, estupefacta, contempló a aquel hombre que, con su enorme y poblada barba semicanosa, sus ojos estrechos, hundidos tras unas hirsutas cejas, y su larga melena ondulada, escapando bajo el gorro, le recordaba al Howard Keel de «Siete Novias para Siete Hermanos».

—¡Hola, señorita Dawns! —la contempló, parado en medio de la sala, grande y poderoso como un gigante—. ¡Diablo, es usted muy bonita! ¡Más aún de lo que decía el viejo Hendrick, por todos los diablos! ¡Ahora comprendo que guardara tan celosamente sus fotografías!

Janis dejó pasar el alud, contemplando con estupor e incredulidad a aquel personaje indescriptible, de apariencia bíblica. Luego, en un momento de pausa, logró colocar una frase:

—¿Es… es usted Paul Mac Namara?

—¡Claro, señorita! Paul Mac Namara, «El Fantástico» ¡Así me llaman los que me conocen en McKenzie!

—¿De modo que viene usted desde McKenzie?

—Sí —la miró fijamente, con sus estrechos ojillos hundidos. Rio luego, exhibiendo unos dientes grandes y amarillentos por la nicotina. Pareció serenarse un poco—. Bueno, discúlpeme, señorita. Pero creo que no estoy muy civilizado. El exceso de nieve, de soledad y de silencio, le vuelven a uno un poco chiflado. Sobre todo, cuando regresa a la civilización. ¿Sabrá disculparme?

—Naturalmente, señor Mac Namara. Me han dicho… que era usted camarada de tío Hendrick y de Percy…

—Eso es, diablo. Un buen camarada —inclinó la cabeza, con repentina tristeza—. Mala cosa, que les ocurriera aquella desgracia. Eran buenos chicos. Sobre todo, el viejo Hendrick. Percy era menos sociable, pero tampoco mal chico. Ninguno se salvó…

—Lo sé. ¿Usted estaba allí?

—No. Me había ido al norte, en pos del rastro de una veta rica en mineral. Cuando volví, supe lo ocurrido. Me hice cargo, momentáneamente, de todas sus cosas. Yo fui quien informó a su familia de Kirkland Lake. Luego, traté de localizarla a usted. A usted sola, se entiende…

—¿Por qué a mí sola? —ella le miró fijamente, sorprendida.

—Bueno, tengo mis razones —Paul Mac Namara, el fornido minero, se miró las recias botas, como si sus razone estuvieran metidas allí—. La telefoneé a Kirkland Lake. Me informaron sus primos de que estaba usted en Nueva York. Y he emprendido viaje rápidamente, para encontrarla. Ellos me dieron sus señas:

—Ya veo. El misterio se aclara —sonrió Janis—. Pero sigue en pie una pregunta: ¿por qué quería hablar conmigo? Yo solo soy hermanastra de Percy, y sobrina de Hendrick. Está Ada, mi madrastra, en Kirkland Lake.

—No tiene que explicármelo, señorita Dawns. A pesar de todo, es a usted a quien tenía que ver. No viviría tranquilo si no se lo dijera.

—Si no me dijera… ¿el qué?

—Que su tío Hendrick y Percy… fueron asesinados.

* * *

—Lo que ha dicho es muy grave, Mac Namara. ¿No sufrirá usted un error?

—Señorita Dawns, nadie dice por error una cosa así. Cuando afirmo que aquello no fue accidente, es porque sé lo que me digo.

—Y suponiendo que esté en lo cierto… ¿ha dicho algo a la policía?

—No —Paul Mac Namara denegó con energía—. No me gusta la policía. Nunca me gustó. No recurriré a ella jamás para resolver mis cuestiones. Por eso prefiero hablarlo con usted, señorita Dawns. Es la única que tiene auténtico derecho a ello.

—¿Y mi madrastra? Ella era la madre de Percy, y hermana de Hendrick…

—No me fío de ella.

Janis parpadeó. Las palabras de Mac Namara tenían la virtud de ser siempre una especie de cartucho de dinamita en explosión

súbita. Tras un silencio, la joven habló:

—¿Por qué no se fía de Ada Bannister?

—Tiene un administrador, Gregory Talbot, ¿verdad?

—Pues… sí, tiene a Talbot de administrador. ¿Qué tiene eso que ver?

—A ello iba, señorita Dawns —Mac Namara respiró hondo, y clavó su mirada penetrante en Janis, añadiendo—: ¿Sabía usted que Gregory Talbot estuvo el día antes de morir su tío y su hermanastro, en Placer Place… y veinticuatro horas más tarde, la galería de su mina se derrumbaba con un alud de nieve, sepultándoles y destrozándoles bajo las vigas y traviesas de la galería?

—Cielos, no lo sabía…

—Añadiré otra cosa. Aquella galería no podía sufrir aludes. Era firme, sólida, y el tiempo bueno. No hubo desprendimientos en otros lugares más propicios. Y además, señorita Dawns… yo encontré esto allí, cuando estuve a visitar el lugar del desastre…

Había hundido su mano recia y nervuda en la mochila, extrayendo de ella un objeto que tendió a Janis. Ella lo tomó con expresión inquieta. Su mirada hacia Mac Namara reveló angustia, desaliento, estupor…

Era un fragmento metálico, oscuro, desgarrado, del tamaño de una hoja de árbol.

—Un trozo de metal… perteneciente a un artefacto explosivo, ¿no es cierto? —dijo con voz rota.

—Sí, señorita Dawns. No tiene usted nada de tonta. Es eso.

—Una bomba… —examinó el fragmento de metal oscuro—. He visto otras piezas así en el Departamento de la Guerra de Ottawa, en una ocasión. Restos de torpedos, bombas y explosivos con cierta historia en su haber. ¿Pero qué hacía una bomba allí? ¿Es necesaria para abrir brecha en una mina?

—Oh, no. No en aquella mina —protestó vivamente Mac Namara—. Usted, si conocía a Hendrick y a Percy, puede saber que ellos conocían su oficio y…

—No. No conocí a Hendrick ni a Percy. Solo por fotografías, y no muy buenas —sonrió Janis—. ¿Usted cree que este fragmento de un explosivo significa?…

—Significa que alguien dejó allí un mecanismo, de relojería seguramente, para que estallara en un momento decisivo. Así ocurrió, el alud se provocó, hundiendo la galería, y ambos murieron en el accidente. Es lo que se había pretendido.

—Dios mío… —Janis se aferró la cabeza entre ambas manos—. Más asesinatos… Parece que le rodean a una, que le ahogan… ¿Por qué había de querer nadie matar a Percy y a tío Hendrick?

—No lo sé —Mac Namara se encogió de hombros—. Pero yo hablé hace días con Hendrick. Parecía estar muy ilusionado con su sobrina Janis, y decía que era la muchacha más bonita e inteligente del mundo. Él y Percy esperaban encontrar un buen filón en breve. Dijo que tenía el propósito de variar su testamento en favor suyo.

—No sabía nada de eso. ¿Quién es ahora su beneficiario?

—Ada Bannister —suspiró Mac Namara—. ¿Comprende por qué no puedo fiarme de ella? Su administrador estuvo allí la víspera. Y luego… el «accidente».

—¡Ellos no pudieron ser culpables! Talbot… o mi madrastra… —se estremeció Janis—. Sería… demasiado horrible…

—Sí, lo sería. Pero entra en el terreno de lo posible. De modo que prefiero tomar mis precauciones. ¿Comprende ahora por qué estoy aquí? Tal vez usted pueda investigar, buscar la verdad… A mí me gustaría saber que Hendrick y Percy han sido vengados, si alguien les hizo daño. Eran buenos muchachos. Y allí, nosotros, los mineros, y los hombres que se arriesgan a vivir en la tundra, nos hacemos grandes camaradas. Un poco como hermanos, señorita Dawns.

—Le comprendo, Mac Namara. Y le doy las gracias. De todo corazón. ¿Usted va a quedarse en Nueva York ahora?

—Por poco tiempo —sonrió el hombre—. Pronto volveré a mis regiones de McKenzie.

—Yo pensaba marcharme en breve —suspiró Janis—. Me iba contrariada, pero creo que, por fin, voy a regresar al Canadá sin el menor remordimiento. Tal vez allí encuentre una relación entre algo sucedido en Nueva York y la muerte de Hendrick y Percy en McKenzie. ¿Sabía que a mi novio, un muchacho llamado Tony Ganner, le mataron aquí antes de partir yo hacia el Canadá, para asistir a los funerales de mis parientes?

—¡Diablos! —Mac Namara pegó un respingo—. ¿Más

asesinatos?

—Sí. Más asesinatos… Y Ganner no conocía a mi familia, ni mi familia a él. No existe el menor punto de contacto entre él y todo lo que usted me ha referido. Asociar ambas cosas sería disparatado. Pero estoy empezando a creer que me muevo rodeada de disparates. Y tal vez ese, que es el mayor, sea precisamente la verdad que andamos buscando.

—Bueno, si fuera así, las cosas serían mucho más complicadas de lo que yo imaginé… —rezongó Mac Namara, rascándose los cabellos crespos y abundantes, con aire perplejo—. Pero no acierto a ver cómo puede estar todo relacionado…

—Yo tampoco. Sin embargo… alguien debe saber esto —se acercó con paso rápido al teléfono. Lo alzó de la horquilla, y pidió comunicación con el «Tribune». Luego, al establecerse comunicación, habló serenamente—: Con el repórter Dan Rogers, por favor. Es urgente. Le llama Janis Dawns…

CAPÍTULO VI

DAN ROGERS terminó su emisión habitual en los Estudios de T. V. y se encaminó rápidamente a la salida. Aún tenía la mente ocupada por el nuevo y desconcertante factor mencionado por Janis poco antes.

Dos asesinatos en McKenzie, territorios del noroeste del Canadá, íntimamente ligados también a Janis Dawns. Aquella muchacha parecía llamar al crimen como un imán al hierro.

Ella se marchaba por fin. A estas horas estaría ya en vuelo, de Nueva York a Toronto. Quería saber lo que había tras la denuncia de aquel Paul Mac Namara llegado de los territorios de McKenzie.

Y he aquí que ahora, Rogers maldecía haberla aconsejado marcharse de Nueva York. Tal como aparecían las cosas, ignoraba si el peligro mayor estaría en la ciudad de los rascacielos o en la fría e invernal tierra canadiense. Todo dependía de que entre ambos sucesos existiera un nexo, por inverosímil que este fuera.

El caso era un puro disparate, a juicio de Rogers. Y en eso, coincidía su criterio con el de Janis. Pero en alguna parte estaba la razón de todo, el motivo que guiaba a la mano homicida.

Y esa mano… ¿era la misma en Nueva York, asesinando a Tony Ganner, que en McKenzie eliminando a la familia de Janis Dawns?

Si era así… ¿qué siniestra sombra amenazadora se cernía sobre la muchacha? Ella parecía ser el centro del enigma… ¿pero POR QUÉ?

Rogers suspiró, frenando su automóvil ante el «Tribune». Era inútil pensar, retorcer la mente en busca de una explicación. Esta no vendría desmenuzando los factores conocidos. Era preciso buscar otros nuevos. Fuera donde fuese…

Escribió su crónica habitual. Era un interrogante sobre el caso Ganner-Dawns. Citaba lo ocurrido en McKenzie. Preguntábase si

podía existir alguna relación. Y terminaba afirmando que la policía iba a investigar ambos casos, en busca del nexo, posible pero no probable, que ligara los dos sucesos.

No esperaba el menor resultado de airear todo aquello. Acaso alguien se sintiera inquieto, en alguna parte. Gregory Talbot, por ejemplo. O Ada Bannister… O tal vez los Ganner, de Nueva York.

Pero en realidad, su afán se centraba en apartar la amenaza de las proximidades de Janis. Si al menos le atacaran a él de nuevo, si intentaran algo para eliminarle…

Ahora estaba sobre aviso. En su bolsillo reposaba una automática de calibre 32. Y manteníase siempre alerta, en previsión de lo que pudiera suceder. Cuando ello ocurriera, si llegaba a ocurrir… tal vez los asesinos cometieran un error. Y el siniestro ovillo comenzaría entonces a desenredarse.

Dan Rogers, el repórter de la televisión, ansiaba enfrentarse de nuevo a la muerte.

No suponía lo pronto que iba a ser complacido.

* * *

—Y… esa es la historia —suspiró el atlético Mac Namara, apurando su alto vaso de whisky—. Tal como se lo referí a la señorita Dawns anteriormente. Ya me habló de usted. Por eso me he prestado a hablarle del asunto, señor Rogers.

Dan asintió, indicando al *barman* que sirviera otros dos altos vasos de whisky sin soda. Mac Namara era un tipo que resistía ingentes cantidades de alcohol sin inmutarse. Debía de tener una larga experiencia en ello. Los fríos del noroeste requerían buena dosis del mejor antídoto contra la inclemencia del clima: los licores.

Les sirvieron nuevamente. Dan y Mac Namara estaban solos en la larga barra. El hombre de los páramos helados bebió de nuevo, casi sin reposo. Rogers le contempló calculadoramente.

—¿No cabe en lo posible la teoría de un accidente, por lo tanto? —indagó.

—No, no lo creo. Ya le digo que eran expertos en minas. No se hubieran arriesgado tontamente.

—Ya. ¿Cómo eran Hendrick y Percy?

—El viejo era todo un carácter. Noble, fuerte y recio como

pocos. Percy, el muchacho, era distinto. Débil de temperamento, aunque físicamente fuerte. Por eso estaba allí. Quería hacerse un hombre de cuerpo entero, desligarse de la influencia de su madre, y demostrar a todos que era capaz de algo por sí mismo.

—Lo único de lo que fue capaz, es de morir —comentó lúgubremente Dan—. Pobre muchacho… Ahora creo que comprendo lo que Janis Dawns pensaba impedir a Tony, su prometido. Que fuera otro Percy, otro ser débil, dominado por los demás, y lleno de complejos e inferioridades mentales.

—Sí, posiblemente fuera así. Los dos han muerto ahora —dijo Mac Namara—. Resulta rara la coincidencia, ¿no cree?

Rogers asintió, con un hondo pliegue entre ambas cejas. Había pensado en eso un momento antes. Había algo raro, algo anómalo en todo aquello… Pero se le escapaba cuando creía aferrarlo. Era como si un débil rayo de luz, entre tanta tiniebla, jugueteara con él, escabulléndose cuando parecía más fácil apresarlo.

Finalmente se incorporó. Echó un billete sobre el mostrador del establecimiento de la calle Cuarenta y Dos donde citara a Mac Namara, y bajó del alto taburete. El minero le imitó.

—Bien, de todos modos hemos de seguir investigando —comentó—. La policía va por su lado. Yo, por el mío. Tal vez llegue antes a la verdad, porque voy a dejarme de pasos rutinarios. Este caso no tiene nada de rutina. Yo tampoco lo tendré. ¿Se va pronto al Canadá, Mac Namara?

—Mañana mismo —el hombre le guiñó un ojo maliciosamente, sobre su enorme barba grisácea—. Me divertiré esta noche en Nueva York. Luego, de vuelta a las minas. Eso es lo mío, amigo. Además, después de ver a Janis Dawns, yo no hago ya nada aquí. ¿Quiere algo para Janis? Yo puedo pasar por Kirkland Lake y…

—No, no, déjelo, Mac Namara. Y gracias. Simplemente, tenía curiosidad por saber el tiempo que iba a estar aquí. Ha sido un placer conocerle. Le agradezco mucho lo que ha hecho. Por mí… y por Janis Dawns.

—Bah, era justo hacerlo. Soy el único que ha sospechado la verdad de lo ocurrido a Hendrick y a Percy —le miró, interesado y algo burlón—. A usted… a usted le gusta la chica, ¿eh, Rogers?

—Sí —confesó abiertamente Dan—. Me gusta mucho, Mac Namara. Quisiera poder hacer por ella todo lo del mundo. Pero no

sé si estará en mi mano…

—Animo, muchacho —Mac Namara le palmeó con fuerza la espalda—. Ella se lo merece todo. Y usted es un gran chico. No desfallezca. Espero verle algún día en Canadá… Y ser testigo de la boda.

Lanzó una de sus estentóreas risotadas, y salió del local, en compañía de Rogers. Se separaron en la acera, con un apretón de manos que dejó a Dan la mano maltrecha.

El minero canadiense llamó un taxi, alejándose de allí. Rogers subió a su coche, emprendiendo la dirección opuesta. De regreso a casa.

* * *

Introdujo la llave en la cerradura. Giró a la derecha una sola vuelta, empujó la hoja de madera y dio al interruptor de la luz. Lo hacía siempre así. Día a día, vez tras vez.

Ahora, falló algo. Tuvo enseguida el presentimiento de que las cosas no eran como esperaba. Pero para entonces, era demasiado tarde. No pudo retroceder ni impedirlo.

La pistola surgió a su izquierda, y se hincó rudamente en su costado, haciéndole daño en las costillas. Quiso revolverse, y la voz le avisó fríamente:

—No haga tonterías, chupatintas. Posiblemente le haga más agujeros que a un colador, antes de que pueda conseguir algo.

Evidentemente, el que hablaba así, podía llevar a cabo su intención perfectamente. Además, no estaba solo. Dan observó que había otros dos hombres en la estancia. Uno, sentado en una butaca, frente a la puerta, empuñaba una automática de calibre 45. Y otro, en pie al fondo, bajo un desnudo impresionista, se rascaba grotescamente la oreja con el cañón chato de un revólver recortado.

—Hola, amigo —saludó el de la butaca con aire lánguido—. Entre. Está en su casa…

Dan no comentó nada. Siempre empujado por el arma que se incrustaba en su costado, avanzó mientras a su espalda se cerraba la puerta. Lúgubremente, pensó en el parecido del portazo, con el cierre de la tapa de un ataúd. Su ataúd.

Una vez en medio del gabinete, la voz del hombre que le encañonaba, sonó ásperamente en su oído:

—Ya basta. Quédese ahí. Regístrale, Skud.

Skud era el tipo del revólver chato. Dejó de rascarse la oreja con el arma, y se acercó cacheándole rápidamente. Con una risita que alargó su boca de oreja a oreja, comentó volviéndose al que parecía llevar la voz cantante:

—Lleva chatarra y todo, «Dandy». Mira, un buen encendedor, ¿no crees? —y exhibía la pistola de Dan, como si fuera un trofeo de caza.

El llamado «Dandy» dejó, de apoyar su pistola en el cuerpo de Rogers, aunque no por eso descuidó su vigilancia. Apareció en la visual de Dan, enarbolando su pavonada 45 de la fábrica «Colt».

—Sí, ya veo. El amigo chupatintas es muy listo. Y muy valiente, ¿verdad? Hasta se ha debido creer ya un héroe de película barata, ¿no es cierto?

Resultaba un contrasentido llamar «Dandy» a aquello. Era un tipo gordo y pequeño, seboso y ordinario. Lucía un horripilante abrigo corto, de pelo de camello, con botones azules, grandes y cuadrados, como los de una mujer, sombrero verde, ridículamente pequeño, rematando su redonda faz, una chaqueta de cheviot color naranja, pantalones azulados y una corbata que hubiera dado envidia a un pintor abstracto.

—¿Qué hacen ustedes en mi casa? —se decidió a preguntar Dan, aunque sabía que era una demanda estúpida.

—¿Oyes eso? —rio «Dandy»—. El chupatintas tiene gracia y todo. Hace chistes. Oye, hermano, dile lo que hacemos aquí, ¿quieres? A mí el hablar me fatiga…

El del butacón bostezó, como si hablar fuera demasiado trabajo para él también. Pero finalmente alzó la cabeza, miró de hito en hito a Dan Rogers y explicó fríamente:

—Hemos venido a matarle, Rogers. Usted nos molesta. Molesta a mucha gente. Y hay gente que se deshace del que le molesta, igual que si fuera un insecto. Usted es un insecto ahora. Y vamos a aplastarle.

—¿Aquí mismo? —preguntó serenamente Dan.

—Es un sitio como otro cualquiera. Pero a lo mejor le llevamos

de paseo —comentó «Dandy»—. Tenemos un coche ante la casa. Y estas cosas, siempre quedan mejor en un lugar deshabitado. Se corren menos riesgos.

—Ya veo —Dan estaba esforzando su mente, tratando de encontrar una salida a la desesperada situación. No era fácil. Y mientras tanto, convenía mantener la serenidad, el dominio de los nervios—. ¿Ustedes mismos se cuidaron de Tony Ganner?

«Dandy» y los demás se miraron. El gordinflón de feas ropas se acercó a Dan. Súbitamente, le pegó con el arma en el estómago. Rogers palideció, doblándose con expresión de dolor. Luego, se incorporó, rehaciéndose dificultosamente.

—Pregunta tonterías, chupatintas —le avisó «Dandy»—. La próxima vez le romperé algún hueso. De modo que no pregunte más.

Rogers exhibió los dientes en una mueca sarcástica y le espetó:

—Supongo que de Hendrick y Percy, en el Canadá, se cuidó otro. Vuestro patrón tal vez, ¿verdad, «Dandy»?

El otro cumplió su promesa. Esta vez el golpe le fue dirigido a la mandíbula, e hizo crujir el hueso. Reculó Dan unos pasos, mientras por sus labios brotaba un hilo de sangre, que resbaló hasta la barbilla, goteando sobre la camisa. No se quejó.

—Se lo avisé —rezongó «Dandy»—. No me gusta contestar preguntas. De modo que cierre el pico, y en marcha. Vamos a bajar como buenos amigos. Llevaré la pistola en el bolsillo, muy cerca de usted. Skud y Hoppy también le vigilarán. Haga una tontería y le freiremos a balazos donde sea, y delante de quien sea. Nosotros nunca bromeamos en estas cosas…

—Ya lo supongo. ¿A dónde me llevarán? Porque si más tarde o más temprano he de morir, puede que me decida a intentar algo.

—No lo hará. Porque mientras viva, tiene una esperanza. Tal vez nosotros decidamos al final dejarle con vida, pero a buen recaudo. Es una posibilidad.

—Sí, es una posibilidad. No creo que me la den, pero la esperanza siempre existe. Está bien, adelante. Les seguiré dócilmente, como un cordero que va al matadero:

—Una frase gráfica y trasnochada. Creí que tendría más ingenio, para ser un chupatintas de esos que se dejan fotografiar en

la televisión.

—No es cuestión de ingenio. Es la verdad, «Dandy».

—Bueno, hemos hablado ya demasiado. En marcha, amigo. Y recuerde lo que le va en su comportamiento. Puede terminar esta aventura con vida, a bordo de una barcaza, en el Hudson, o acribillado en la escalera de su casa o en plena acera. Elija usted mismo, hijito.

Dan sabía que no había elección. Si le llevaban a una barcaza, sería ya cadáver, para sepultarle luego con una piedra bien pesada, en el fondo del río. «Dandy» no era de los que dejaban con vida a sus prisioneros.

Echaron a andar hacia la salida. Le rodeaban los tres hombres, con las manos en sus bolsillos, inocentemente. Él sabía que dentro de aquellos bolsillos, el cañón de un arma, le apuntaba inexorablemente, esperando el menor paso en falso suyo.

Llamaron el ascensor, y cuando subió, completamente vacío, lo tomaron, descendiendo a la planta baja. Dentro de la pequeña cabina rectangular de muros grises, metálicos, los tres hombres se miraron entre sí.

Observaron luego a Dan Rogers.

—En el vestíbulo de la casa hay telefonista —observó «Dandy»—. Mucho cuidado con él, Rogers, si quiere seguir con vida…

Dan meneó la cabeza afirmativamente. Estaba estrujando su mente, en busca de una salida, cada vez más problemática. Intentar algo, no solo significaba arriesgar su vida, cuyo valor era bastante reducido en los momentos actuales, sino que podían ponerse en peligro otras personas.

Se abrió la puerta del ascensor cuando alcanzaron el *hall*. Salió él en primer lugar, seguido por los tres hombres. El telefonista alzó la cabeza. Dan comprendió que cualquier intento suyo, en este momento, significaba ponerle en trance de muerte. Los pistoleros le acribillarían allí mismo, sin contemplaciones, para que no avisara a la policía.

Pasaron, pues, ante el mostrador. El joven miró, intrigado. Conocía a Dan desde hacía tiempo. Era un muchacho pelirrojo y espabilado. Dan se detuvo ante él. Los tres captores se pusieron rígidos, dispuestos a entrar en acción. Pero lo que habló Rogers,

con una sonrisa cordial, no tenía nada de inquietante para ellos:

—Me voy con estos amigos —explicó—. Si viene mi primo Dave, dígale que llame a Broadway 76-1132. ¿Se acordará?

—Claro, señor… —el muchacho le miró fijamente, con una sonrisa—. Tengo muy buena memoria, y usted lo sabe. Buenas noches, señor.

—Adiós, muchacho.

Salieron a la calle. «Dandy» aprobó con un chasquido de la lengua:

—Eso estuvo bien. Por un momento creí que lo echaría todo a rodar. Pero al final, le dejó convencido plenamente. Una cosa, Rogers: ¿de quién es ese número de teléfono que le dio?

—El de la redacción del «Tribune», línea privada —sonrió Dan —. El primero que se me ocurrió…

«Dandy» se dio por satisfecho. Hizo mal. Subieron a un largo «De Soto» negro, acomodándose Rogers en el asiento posterior, entre «Dandy» y Hoppy. Skud pasó al volante, y el vehículo arrancó.

En la puerta del edificio, el pelirrojo telefonista anotó rápidamente la matrícula del coche, y observó cómo enfilaba la avenida Lexington. Corrió al interior, salvó de un brinco agilísimo el mostrador, e inclinóse sobre el cuadro de teléfonos, marcando vertiginosamente el número Broadway 76-1132. Estableciose la comunicación en el acto. Una voz habló, monótona:

—Estación de policía. Precinto Tres de Broadway. Informe.

—¡Pronto, es urgente! Un mensaje de Dan Rogers, el reportero de televisión y del «Tribune». Para su amigo Dave. Es lo único que sé.

—¿Dave? ¡Oh, sí, es el inspector Dave Henlein! ¡No se retire!

Un silencio. El telefonista, tabaleó en el mostrador.

—Aquí el inspector Henlein. ¿Qué sucede?

Repitió el joven su informe. Y añadió:

—Iba con tres hombres. Su mensaje lo capté enseguida. Vi algo raro en todo eso. Han subido a un «De Soto», cuya matrícula he obtenido. Es la siguiente…

Dio la matrícula, el color y modelo del vehículo. Al otro lado, el inspector Henlein había descolgado otro teléfono, y comunicaba ya

con las Patrullas Volantes, una vez obtenida la ruta inicial del automóvil.

—Gracias por su informe, muchacho —habló excitada la voz del inspector—. Ha sido un magnífico servicio el suyo. ¿Cómo lo advirtió tan rápidamente?

—Verá, inspector. El señor Rogers no tiene primos, que yo sepa. Y el número que me dio, sabía yo que correspondía a una oficina policial, porque muchas veces ha llamado ahí desde aquí mismo. Lo demás era fácil de imaginar.

—Le felicito sinceramente. Estoy seguro de que esos hombres pretender matar a Dan Rogers en alguna zona aislada. Dios quiera que las Patrullas localicen a tiempo ese coche…

CAPÍTULO VII

—ESTAMOS llegando, Rogers. Se ha portado bastante bien, para lo que esperábamos de usted —comentó «Dandy», mirándole de hito en hito—. Ahora ya podemos sentirnos tranquilos. Esta zona está desierta a todas horas.

Dan no contestó, examinando a través de las ventanillas las hileras oscuras de los tinglados y *docks*, alineados a lo largo de los muelles. Más allá, algún cabrilleo intermitente, de luces pesqueras o de remolcadores, reflejándose en la ondulada negrura de las aguas. No le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto. En realidad, no le gustó en ningún momento. Pero ahora menos que nunca. Acaso debió reaccionar antes, jugarse el todo por el todo. Ahora todo sería más difícil. No debió confiar en que el telefonista de su casa le adivinara el mensaje. El muchacho era listo, pero el mensaje había sido excesivamente oscuro, por miedo a que sus captores lo descubrieran.

—La barcaza de Larsen está ya cerca —avisó Hoppy a Skud, inclinándose sobre el conductor—. Mira, pasamos por el *dock* 63. En el cincuenta y uno tiene él anclada su embarcación.

Asintió Skud con un gruñido, conduciendo hábilmente el «De Soto» negro a lo largo del borde de los muelles asomados al Hudson River. Dan iba perdiendo ya las escasas esperanzas que le quedaban.

—Aquí —dijo de repente la voz de «Dandy»—. Para, Skud.

El hombre frenó el «De Soto» ante el paso a un *dock*. Habían extraído sus pistolas sin contemplaciones de ninguna especie. Allí nada tenían que temer. Como dijera «Dandy», no había un alma. Y si la había, se mantenía bien a cubierto. Era la total impunidad para todo delito. Dan sabía bien qué delito podía esperarse de sus captores, ahora que le habían llevado adonde querían. En ningún

momento pensaron seriamente en dejarle con vida, y él lo sabía. Había explotado, simplemente, la remota oportunidad de que el telefonista pudiera interpretar bien su mensaje, recordar de quién era el teléfono dado, y el hecho de que él no tenía primos. Como dijera, al parecer significativamente, él tenía «muy buena memoria». ¿Había sido un comentario al azar, o una respuesta a tono con su demanda? Ambas cosas eran igualmente factibles. La duda, la inquietud, mantenían en vilo a Dan, bajo su aspecto sereno y reposado. Sus facciones, endurecidas y frías, jamás se habían parecido tanto a Richard Conte, sin él pretenderlo. El brillo oscuro y hosco de los ojos, y la crispación de su mandíbula, ahondándose así el hoyo de la barbilla, le daban ese aire sorprendente.

Abrieron la portezuela del coche. Saltaron a tierra. Las armas le rodeaban, como un cerco erizado de amenazas, que nada ni nadie podía quebrar. El camino hacia el *dock* 63, aparecía desierto, silencioso en toda su amplitud. La humedad ribereña oscurecía su cemento, y lo cubría de un charolado sucio, salpicado de charcos.

Un motor sonó cerca. Por curiosa circunstancia, un automóvil pasaba por la avenida. Los pistoleros le aferraron con violencia, esperando el paso del vehículo. Era un automóvil oscuro y vulgar, que pasó rápidamente, derramando la luz amarillenta de los faros sobre el negro «De Soto» y también un poco de refilón sobre los cuatro hombres apiñados en su borde. Producían la impresión de un grupo de desocupados noctámbulos, y eso debió pensar también el que conducía el otro coche, porque ni siquiera redujo su marcha o hizo acción de detenerse. La inmediata curva de la avenida, le hizo desaparecer.

—Vamos ya —señaló «Dandy»—. Hemos esperado demasiado. Lo siento, Rogers, pero no hay perdón para usted. Es la orden recibida: «Liquidad al chupatintas». Nosotros cobramos por ello. De modo que hemos de cumplir.

—Lo suponía. Es una cochina traición, «Dandy». Pero de asesinos, no puede esperarse nada bueno. Adelante, terminad vuestro trabajo. Algún día, cuando le estorbéis, la persona que os alquila sea la primera en venderos a la Ley, o en coseros a balazos.

—A cerrar el pico, amigo —cortó «Dandy» de mala gana—. Eso basta.

Levantó la automática para disparar sobre Rogers. Fue en ese

momento cuando sonó una sirena policial en la distancia. Un automóvil de la Patrulla Volante se acercaba a los muelles del Hudson, y no distaba mucho de allí. La inquietud creció de punto en los tres captores, que se miraron aprensivamente.

—¡La policía! —rugió Skud—. ¡Algo ha fallado, «Dandy»!

—Sea lo que sea, hay que largarse de aquí enseguida. Vamos, preparaos, mientras yo termino con este estúpido…

Los dos esbirros se dispusieron a la fuga. «Dandy» se quedó solo con Rogers, y levantó la automática, para clavarle su contenido en el cuerpo. Dan saltó entonces como un tigre, su cuerpo pegó con violencia en el gordinflón y pequeño del asesino de ropas chillonas, que retrocedió, con un grito de ira, disparándosele al aire la pistola.

Indecisos, sus hombres se volvieron, cuando ya Dan soltaba un puntapié brutal en pleno rostro al hombrecillo, derribándole sobre el suelo de cemento y asfalto, en el que patinó cómicamente.

Por la esquina inmediata, asomó el mismo coche que unos momentos antes había pasado hacia arriba, y sus faros cayeron intensamente sobre Skud y Hoppy, que se quedaron bañados por la cruda luz blanca.

Esto aumentó el desconcierto de los asesinos, y Skud cometió el error de levantar su pistola y disparar contra los ojos luminosos asestados sobre ellos. Pegó a uno de los faros, quebrándolo. Se diluyó la mitad de la luz. Y en respuesta, una serie de disparos hicieron blanco en él y en Hoppy. Dan Rogers, mientras eludía un nuevo impacto del arma de «Dandy», disparando este rabiosamente desde el suelo, vio oscilar a los dos rufianes, tambalearse, soltando sus armas. Los cuerpos chocaron en el húmedo asfalto un momento después.

En cuanto a «Dandy», aún era capaz de dominar la situación, con su automática dispuesta a matar. Rogers no cometió la locura de atacarle para intentar desarmarlo. Bastante había hecho con salvar su vida.

Corrió en zigzag, lejos de las luces, para no ofrecer un buen blanco, y gritó a la policía:

—¡Aquí, aquí, muchachos! ¡Hay otro… y también va armado!

Un par de insectos metálicos zumbaron cerca de él. A su espalda, ladró por dos veces la automática de «Dandy», entre juramentos biliosos de este. De no haber corrido con aquella

movilidad y felina rapidez, le hubiera alcanzado inevitablemente.

Los hombres de uniforme azul oscuro, y los agentes de paisano, surgieron como vomitados por la sombra, y rodearon a Dan, interesándose por él. Una voz amiga le interpeló:

—¿Estás bien, Rogers?

—Sí, inspector, gracias —suspiró Dan—. Creí que esta vez no lo contaba… ¿Les llamó el chico del teléfono?

—Enseguida de raptarte. Incluso tomó la matrícula del «De Soto». Durante todo el trayecto final, os hemos seguido sin que lo notarais. No tenían salida, todo estaba bloqueado…

—Tened cuidado, de todas maneras —avisó Dan—. Ese «Dandy» es peligroso. Y parece el jefe del grupo. Pero si huye hacia el río, será difícil cazarle. Hay por aquí la barcaza de un amigo llamado Larsen. Nos llevará tiempo descubrir cuál es. Y, entre tanto, él puede escabullirse. No es ningún tonto. Y posiblemente, sea el único hilo capaz de desenredar la madeja y llevarnos al que paga todo este despliegue de fuerzas asesinas.

—Procuraremos que ello no ocurra —observó secamente el inspector Henlein. Se volvió a sus hombres y añadió con energía—: ¡Dirigid los focos al embarcadero! ¡Va armado, y es peligroso! ¡Cuidad que no se escape!

Los coches fueron accionados. Dos más, de la Patrulla Volante, habían entrado en la zona portuaria. También varios focos especiales, articulados, derramaron luz sobre el asfalto negro y encharcado, y el fondo brumoso de agua, lucecillas débiles y los armazones de las barcazas y canoas en hileras densas, interminables.

Dan lanzó una interjección. No había nada más que el negro asfalto y el fondo de sombras y brumas. De «Dandy», ni rastro.

—¿Lo ve, inspector? —masculló con ira—. ¡Se nos ha escabullido!

—Todavía no —manifestó sombríamente Dave Henlein—. ¡Busquen a ese hombre! ¡Registren todas las barcazas y detengan a quien sea, pero búsquenle! Tú, Dan, quédate con nosotros para ayudarnos a identificarlo.

Dan asintió, contrariado. En el fondo estaba seguro de que el tipo adiposo de las ropas chillonas, no iba a aparecer ya esa noche.

* * *

—Y no apareció…

El inspector Henlein lanzó esa frase entre dientes, dominando con dificultad su ira. Dan Rogers asintió, sorbiendo café caliente, de su vaso de cartón encerado. Luego, contempló con ojos pensativos las oscuras aguas del río, desde el interior del automóvil del policía, cuando arrancaban.

—Lo temía desde un principio —se lamentó el periodista—. Ya dije que es un tipo muy vivo y escurridizo. No tiene nada de lento, a pesar de su gordura. Y el lugar era ideal para escabullirse.

—Tú lo has visto, Dan —resopló el inspector—. Ninguno de los dueños u ocupantes de esas embarcaciones, se llama Larsen. Hay tres suecos, y han sido detenidos. Pero Larsen puede ser también noruego, danés o lo que Dios quiera, y también los hay ahí de ese origen o familiares de nativos de esos países. No podemos arrestar a todo el mundo. Y estas ratas portuarias se defienden unas a otras. Nadie sabe nada de Larsen, nadie conoce a un tipo llamado Larsen…

—Es una ayuda mutua. Cuando se busca a otro, tampoco saben ellos nada de aquel. Y casi siempre, entre sí se conocen por nombres supuestos. Ni siquiera creo que el tipo que andamos buscando se llame Larsen. Las documentaciones estaban en regla. Y nadie se llamaba Larsen.

—¿Dónde diablos puede haber ido ese «Dandy»? Tal vez con la vigilancia que dejamos en esta zona, termine por caer… Pero lo dudo, Dan.

—También yo. Ha tenido tiempo de huir ya. Ahora, será imposible darle alcance.

—Y esos dos pistoleros resultaron muertos por resistir a tiros a la policía. Eso quiere decir que, más o menos, estamos como al principio. Sin hilo alguno que nos conduzca al ovillo, Dan.

—Es lo que me temo… —afirmó sombríamente Dan Rogers, con el ceño fruncido. Alzó luego la cabeza y miró fijamente al inspector, añadiendo, con tono reflexivo—: Sin embargo, inspector, hemos de seguir el único rastro de que disponemos ahora.

—¿Cuál, Rogers?

—¿Ha observado que, según lo que me contaron Janis y Paul Mac Namara, el tío Hendrick había pensado hacer un nuevo testamento últimamente, y que precisamente a poco de hablar de eso encontró la muerte?

—Sí, es una coincidencia extraña, la verdad —aceptó el inspector—. ¿Pero explica algo?

—No lo sé. Es posible que estemos dejándonos deslumbrar por un fantasma, pero me pregunto si habrá posibilidad de conocer el testamento de Hendrick Bannister, e incluso si llegó a redactar otro, invalidando el anterior.

—¿Y si damos con eso? ¿Qué resolverá?

—Puede resolver la incógnita de McKenzie.

—¿Te olvidas de la de aquí? La muerte de Tony Ganner, el atentado de ahora contra ti, quedan sin aclarar. Tony Ganner ni siquiera conocía a los Dawns o a los Bannister. Era una pieza ajena por completo al rompecabezas y…

—¡Espere! —saltó Dan, irguiéndose bruscamente, con ojos centelleantes—. ¡Se me ha ocurrido algo!

—Desembúchalo, si crees que tiene verdadera importancia.

—No es más que una idea, Henlein. Usted ha dicho que Tony Ganner era una pieza ajena a los demás. Y eso no es cierto. ¿Olvida que Tony Ganner acababa de tomar la decisión de abandonar a su familia para casarse con Janis Dawns?

—Bueno, sí. Eso, todo el mundo lo sabe. Tu sensiblero reportaje sobre la cuestión, es conocido de todos, Dan. ¿Qué aclara eso?

—Puede aclarar muchas cosas. ¿Ha caído en la cuenta de que Janis es, legalmente, menor de edad?

—¿Eh? —Dave Henlein, interesado, miró a Dan—. Yo creí que tenía más de veintiuno…

—Es una muchacha sana y de gran vitalidad. Eso la hace parecer mayor. Pero yo he visto su documentación. Tiene veinte años. Ni más ni menos. Una herencia no podría percibirla, de no disponer de un tutor o cosa parecida. Ella posee dinero, pero no por legados, sino entregado personalmente por su padre a ella, sin intermedios legales ni cosas de esas. Una herencia es diferente. Hendrick podía dejarla una fortuna. Y ella no la cobraría hasta ser mayor de edad… o hasta el día de contraer matrimonio. ¿Se da

cuenta de a dónde voy a parar?

—Diablo, claro que sí —refunfuñó el policía, abriendo enormemente sus ojos—. Sigue, Dan. Es la teoría más brillante que he oído, desde que surgió este maldito caso. He estado obsesionado con la familia Ganner, sin darme cuenta de que acaso la clave de todo esto se halla en el Canadá, y no en Nueva York.

—Eso nos ha ocurrido a todos. Hasta que ha surgido ese tipo pintoresco, Mac Namara, íbamos caminando en absolutas tinieblas. Ahora, tenemos algo para orientarnos. Aunque me pregunto a dónde nos conducirá por fin…

—Todo será mejor que continuar estancados en la oscuridad. Voy a telegrafiar inmediatamente a la policía del Canadá. Si es preciso recurrir a la Interpol, lo haremos…

—Posiblemente sea lo mejor, después de todo. Eso facilitará las cosas, aunque las saque un poco de nuestras órbitas. De momento, solo pediremos a Interpol un informe sobre Hendrick, y la búsqueda de ese hipotético testamento que tantas cosas aclararía.

—Luego, está Gregory Talbot, el administrador de Ada Bannister, la viuda —le recordó el inspector—. Vamos a hacerle vigilar, por medio de la policía canadiense o de la propia policía Internacional, Dan.

—Creo que será mejor utilizar a la policía canadiense. Solo si nos vemos incapaces de llegar al fondo de la cuestión, apelaremos a la Interpol. ¿De acuerdo?

—Sí, Rogers. A mí tampoco me gustaría reconocer un fracaso. Voy a dar las órdenes precisas ahora. Luego, a la vista de los resultados, actuaremos. Evidentemente, Janis iba a casarse con Ganner. Quizá lo hubieran hecho ya, de llegar él a la estación aquella noche. Y alguien lo sabía.

—Es mi teoría. Ese alguien, ordenó seguir a Ganner. Y a la primera ocasión propicia, eliminarlo. El propio muchacho, inconscientemente, favoreció el plan criminal, al meterse por aquella calleja, donde el accidente pudo fingirse con tranquilidad. Así se había conjurado un peligro inminente: la posible boda de Janis que, siendo ella de carácter tan independiente, podía celebrarse en cualquier momento, precipitando quizá los acontecimientos, que alguien prefería se desarrollaran lentamente. Entre tanto, en el Canadá, a muchos miles de millas de distancia de

aquí, otro supuesto accidente eliminaba a Hendrick y a Percy. No me sorprendería saber que, en caso de sucederle algo a Janis, la fortuna iba a parar a Percy, o se partiría, entre ambos. Si realmente, la fortuna de Hendrick era real, eliminando al viejo, al muchacho y a Janis, se terminaba la cuestión.

—Y llegamos entonces al punto básico, Dan —murmuró suavemente el inspector Henlein—. ¿Quién es, en ese caso, el beneficiario?

—Eso tal vez no lo especifique el testamento, si existe. Pero hay una razón obvia, por pura lógica, inspector —sonrió Rogers, pensativo—. Y es que Ada Bannister, es la hermana de Hendrick… y su único familiar directo en el mundo, después de desaparecer esos posibles beneficiarios.

—Ada Bannister… —el inspector repitió el nombre, con aire pensativo—. Ada Bannister… Y, por casualidad o no, Gregory Talbot es su administrador. Gregory Talbot, el hombre que estuvo en McKenzie la víspera del alud de la mina…

—Todo son casualidades, ¿eh, inspector? —comentó burlonamente Dan Rogers, asintiendo con la cabeza, mientras sus ojos brillaban extrañamente—. Grandes y asombrosas casualidades…

—Yo no creo en casualidades así, Rogers.

—¿Ve qué casualidad, inspector? —rio Dan—. Yo tampoco…

CAPÍTULO VIII

—¡MI querida Janis! Es una gran alegría tenerte de nuevo aquí, entre nosotros… ¿Cómo se te pudo ocurrir volver a Nueva York, cuando más falta nos hace a todos tu presencia en Kirkland Lake?

—Tenía que aclarar algunas cosas sobre una muerte, madre…

Lo dijo con un tono singular, mirando con fijeza a Ada Bannister. Ella se estremeció en forma imperceptible casi, alzó la cabeza, y clavó sus ojos fríos y autoritarios en la joven. Parecía afectada por algo. Y Janis no sabía el qué.

—¿Una… muerte? —repitió Ada con voz sorda—. ¿Qué muerte, hija?

—No me refería ahora a tío Hendrick o a Percy —musitó Janis —. Estaba hablando de Tony Ganner, el hombre con quien me iba a casar. También a él…

Casi lo había dicho. «También a él le asesinaron», era la frase que flotó en sus labios, que casi llegó a pronunciar. Pero se dominó a tiempo, y completó:

—También a él le ocurrió un infortunado accidente. Y murió.

—Janis, criatura… —Ada hizo un gesto de pesar. Podía ser sincero o no. Janis nunca estaba muy segura de eso con su madrastra—. Has debido de sufrir mucho…

—Sí, he sufrido —Janis respiró con fuerza—. Pero eso quedó atrás. Como lo de tío Hendrick y Percy… Son cosas inevitables que una debe tratar de olvidar, a toda costa…

—Las olvidarás, criatura. Yo te ayudaré. Te ayudaremos todos…

—Hay cosas en las que resulta difícil ayudarle a una. Esta es una de esas cosas. Pero te agradezco la buena voluntad, madre… —¿por qué había de serle siempre difícil pronunciar esa palabra tan sencilla y breve? Tras un silencio, prosiguió—: Ahora voy a casa.

—¿Otra vez… con Clark y Brigitte? —el tono de voz de la viuda, era amargo ahora.

—Sí, otra vez con ellos. Es donde vivo siempre.

—Ya sé, ya sé. ¿No puedes quedarte unos días en casa, haciéndome compañía? Nos acompañaríamos mutuamente…

—Lo siento, madre. Pero Clark y Brigitte se molestarían si les dejara ahora plantados. Están muy habituados a mí.

—Y tú a ellos, ¿verdad?

—Sí —Janis respiró de nuevo con fuerza. Inclinó la cabeza, preguntando—. ¿Y Talbot? ¿No está él para hacerte compañía?

—Oh, Talbot —agitó una mano, casi con ira—. Ya sabes cómo es él. Siempre con sus preocupaciones y sus cosas administrativas. Además, ahora no está en Kirkland Lake.

—¿No está? —Janis se estremeció. Procuró ocultar el brillo excitado de sus ojos, cuando preguntó—: ¿A dónde ha ido entonces? ¿A McKenzie?

—Oh, no. Allí no hay nada que ver. La mina no tiene gran valor, y mi hermano Hendrick era muy descuidado. Ni siquiera creo que llegase nunca a hacer testamento. No, Janis. Talbot ha ido a los Estados Unidos. Creo que a Búfalo, a resolver unas cuestiones bancarias urgentes, con una firma norteamericana.

A Búfalo… La mente de Janis trabajó, activa. Búfalo, Estado de Nueva York. Cualquiera podía estar en Búfalo… y desplazarse luego a Nueva York, ciudad. Evocó el accidente de la mancha de grasa, en la carretera del aeropuerto, que pudo haber costado la vida a Dan Rogers… Los disparos hacia ella, en plena calle… No, era demasiado atroz, no quería pensarlo siquiera. Pero todo el asunto, desde su mismo arranque, era atroz. Y no se resolvía nada cerrando los ojos, o hincando la cabeza en el suelo, como el avestruz. Era preferible afrontar crudamente los hechos. Con todas sus consecuencias…

—Comprendo —murmuró, dominando sus emociones—. ¿Tardará en volver?

—Oh, no. Él nunca tarda. Son viajes rápidos, de pocas horas…

—Sí, Talbot siempre está de viaje. Lo estuvo, según creo, antes de que murieran tío Hendrick y Percy… y antes de volver yo de Nueva York la vez anterior, ¿no es cierto?

—Sí, muy cierto —asintió Ada Bannister, con indiferencia, tras fruncir el ceño, en un esfuerzo por recordar—. Últimamente ha hecho varios viajes a Toronto y a Ottawa. Cuestiones oficiales y financieras, como siempre…

Toronto y Ottawa. Ni una mención de su viaje a McKenzie. ¿Qué fue a hacer él a la mina de Hendrick y de Percy? ¿Por qué no sabía nada de ello Ada Bannister… o fingía no saberlo?

—De todos modos, si él vuelve pronto, tendrás compañía. Entre tanto, si me necesitas, puedo venir de vez en cuando.

—Preferiría que te quedaras en casa, siquiera fuesen unos días, Janis.

Resulta violento negarse. Después de todo, su madrastra estaba realmente sola. Casi sintió compasión. Y afirmó, tras una vacilación:

—Está bien, madre. Te prometo pasar el fin de semana en casa, contigo.

—¿De veras? —Ada irguió la cabeza, con ojos brillantes de júbilo—. ¡Oh, es magnífico, Janis! Te lo agradezco mucho…

Momentos después, mientras sus largas, esbeltas piernas, que tantas miradas masculinas hacían volver, cruzaban la nieve amontonada en las calles de Kirkland Lake, Janis Dawns iba pensando en Ada Bannister y en su gratitud emocionada. Cuando sucedían cosas así, Janis se sentía un poco culpable. Debería de ser más afectuosa con su madrastra. Pero ella no era afectuosa, ni siquiera agradecida. Ahora, se emocionaba. Luego, a las escasas horas de convivencia, volvía con sus impertinencias, su irritabilidad, su soberbia de siempre. Janis prefería evitar choques. Siempre era un modo digno de mantener las buenas relaciones familiares, sin violencias. Con Ada había que tener mucho cuidado, manejarla muy bien. Era, en realidad, una neurótica difícil de tratar, altiva y llena de prejuicios. Por algo Percy se apartó de ella, prefiriendo la lucha dura, ingrata, a la vida cómoda junto a su madre. Janis se decía que era una lástima que Percy hubiera muerto. No se parecía mucho a su madre en temperamento. Sobre todo, desde que dejó de ser débil y se lanzó a la aventura, junto a su tío Hendrick, su maestro y camarada mejor.

El chirrido de frenos sobre la nieve, la sobresaltó. Lanzóse a la acera, con una zambullida rápida, resbalando sobre los montones

de sucia y helada nieve, hasta caer sobre un montón de nieve, con sus bellas piernas por alto. Se arregló la falda apresuradamente. No transitaba nadie en ese momento, salvo el coche que había dado un súbito frenazo ante ella, a menos de media yarda de su cuerpo, en la revuelta de la avenida nevada.



Saltó al escuchar el chirrido de frenos y…

4 — Reportaje

—¡Cielos, Janis! ¿Pero es que se ha vuelto loca? No iba a atropellarla, criatura…

Irguió la cabeza, quitándose con un airado gesto la nieve de las

orejas y del cabello, sentada en el bordillo de la acera, entre esponjosas masas blancas de nieve.

El hombre que saltaba a tierra, desde el coche tan bruscamente frenado, era Gregory Talbot, el administrador de su madrastra.

* * *

La ayudó a incorporarse. Ella secamente, sacudiéndose la nieve de sus ropas, le miró de soslayo para decir:

—Gracias, Talbot. No se moleste. Estoy bien…

—Iba usted completamente absorta, Janis. Si me descuido, la atropello. Menos mal que me respondieron los frenos. Al volver la curva, me di de bruces con usted.

—Sí, ya he visto. En esas circunstancias, un atropello se justifica fácilmente, ¿verdad, Talbot?

—Por supuesto —él la miró, con una sonrisa burlona—. Casi hace usted de mí un asesino.

—Ahora habrá descubierto que matar es fácil, ¿verdad, Talbot?

El asintió, con la misma expresión divertida.

—Demasiado fácil —aprobó—. Casi da miedo pensarlo. Sobre todo, pensar que una belleza como la suya, pudiera haberse perdido estúpidamente, a manos por cierto de una persona que tanto la aprecia… y la admira, Janis.

El tono de Gregory Talbot era súbitamente untuoso, lleno de melosidad. Janis le miró con rapidez. Descubrió en sus ojos una pasión extraña. La mirada del administrador, recorría su cuerpo casi con avidez. Se estremeció, asustada, apartándose unos pasos de él. Talbot no pareció advertir ese movimiento instintivo de ella, porque ante su mutismo, prosiguió, más animado:

—Nunca se lo he dicho, Janis. Pero sería el hombre más feliz del mundo si… si pudiera casarme con usted.

—¡Talbot! —musitó ella, sorprendida—. No sabía…

—¿Que yo la amaba apasionadamente? No, nunca he querido decirle nada.

—¿Y por qué me lo dice ahora? —le estudió con expresión calculadora y añadió—: ¿Acaso porque ha estado tan cerca de matarme?

—Tal vez por eso… y tal vez por la alegría que me ha producido

verla de nuevo aquí. Esto es lo suyo, Janis. No Nueva York, ni hombres como Tony Ganner que…

Se interrumpió de pronto, embarazado. Janis parpadeó ligeramente y, mirándole, musitó:

—¿Sabía usted lo de mis relaciones con Tony Ganner?

—Sí… Sí, Janis. Lo sabía. Sé todo lo suyo. Como sé que él ha muerto… y que usted fue a Nueva York otra vez por esa razón. La he vigilado, la he seguido… me he preocupado de averiguar todo lo suyo… porque la amo.

—Dios mío, Talbot, esto es una gran sorpresa para mí —se pasó una mano trémula por la frente. En realidad no era solo sorpresa. Tenía miedo.

A pesar de ser pleno día, la calle aparecía desierta, cubierta de nieve, las cercas de los chalets, cuajadas de nieve, sin nadie en los jardines, porches o ventanas. Los automóviles pasaban deprisa. Y Gregory Talbot estaba allí, ante ella, con su expresión inquietante, con la fiebre de su pasión o su deseo en los ojos y en los labios.

—¿Puedo… alimentar algunas esperanzas, Janis? —pidió Talbot —. Sería tan feliz, sabiendo que existe… una posibilidad, por remota que sea…

Janis supo eludir limpiamente el dilema.

—Sigo siendo una muchacha soltera, Talbot. Y usted no es un anciano, ni un hombre desprovisto de atractivos. En esas circunstancias, ¿por qué perder toda esperanza? ¿Por qué no pensar en una posibilidad? No le amo, Talbot, y su declaración me ha cogido desprevenida… pero tampoco me es antipático ni odioso. Somos buenos amigos. Podemos llegar a ser… algo más que amigos. Eso nunca se sabe.

—Gracias, Janis —la miró, como obsesionado—. Gracias… No volveré a importunarla… hasta que usted desee realmente hablar de esto.

—Está bien. Adiós, Talbot. He de marcharme ya.

—Janis, ¿quiere que la lleve en mi coche? Puedo dejarla en casa de sus primos y…

—No, no, gracias —sonrió Janis, apresuradamente—. Me gusta ir dando un paseo. Como hago siempre, Talbot.

Se alejó con paso rápido. Todavía, a mucha distancia de

Gregory Talbot, seguía sintiendo, fija en su nuca, la mirada de aquel hombre de expresión grave e impenetrable. No le gustaba esa mirada. No era precisamente de amor o de limpia pasión. Había algo turbio, algo estremecedor en ella…

—Dios mío —musitó para sí, apresurando más y más el paso—. ¿Será posible… que haya todavía un nuevo motivo para todo lo que está ocurriendo?

La idea la hizo estremecer. Porque ese motivo, recién adivinado, no era el lucro ni la fortuna… sino ella misma. La mujer.

Había visto bien de cerca los ojos de Talbot. Era un hombre sereno, en circunstancias normales. Respetuoso y callado. Pero aquella mirada era la de un hombre capaz de todo por una mujer. Capaz… incluso de matar.

Matar… matar… MATAR…

Empezaba a ser como una obsesión. Una terrible y siniestra obsesión.

* * *

—¿Alguna novedad, Henlein?

—Ninguna todavía. Pero llegará algo de un momento a otro, Dan. La policía del Canadá está buscando el testamento de Hendrick Bannister, en McKenzie. Si existe, aparecerá. Las ciudades más próximas a la mina de los Bannister, son Kazan y Lago Eileen. Si en alguna parte hizo testamento Hendrick, tuvo que ser allí, y no en otra parte. Ni él ni Percy se ausentaron jamás de aquellas regiones del distrito de McKenzie, según los informes de la Policía Montada.

—¿Y qué hay sobre Gregory Talbot?

El inspector sonrió, estudiando largamente a Dan. Luego, abrió un cajón y extrajo un abultado sobre, con el membrete: «Interpol, París». Y el sello de urgencia, destacando a lo largo de todo el sobre.

—Tengo datos, Rogers. Me he decidido a pedir informes a la Interpol, sobre algunos de los personajes de nuestro caso. Esa es la única sorpresa. Si quieres leerlos, encontrarás buen tema en ellos. Pero desde luego, nada publicable en la televisión, o te censurarían todo el programa.

—¿Eh? —Dan enarcó las cejas, con aire perplejo—. No le entiendo, Henlein…

—Lee ahí y lo entenderás. El tal Gregory Talbot no tiene ningún expediente por delitos vulgares, ciertamente. Pero hay algo todavía peor y más perverso en él. Ahí verás la clase de tipo que es. Un enfermo sexual, un tipo anormal, de esos que han tenido la obsesión de atentar contra el honor de las mujeres, aprovechándose de un lugar solitario o cosa parecida…

—Pero ese delito, en los Estados Unidos, implica muchos años de prisión o una pena aún más severa…

—Si se prueba, sí. Pero contra Talbot solo hay indicios, acusaciones sin comprobar. La policía ha luchado por cazarle, en Estados Unidos, en Canadá, en Argentina y en Inglaterra, en algún intento claro, o con pruebas fehacientes de su mano. Talbot es muy listo, y siempre se escurrió. Llegaron a detenerle en tres ocasiones. Pero en ninguna de ellas se le llegó a procesar, por falta de pruebas, Es un tipo listo… Lee eso y lo comprobarás…

Asintió Dan, echando una ojeada a los documentos entregados. Cuando terminó, los devolvió asqueado al policía. Estaba ligeramente pálido.

—Cielos, qué tipo… Si la mitad de aberraciones sucedidas que se le atribuyen, son suyas, es un elemento peligrosísimo…

—¿En qué sentido, Dan? ¿En el simple de amenaza para las mujeres?

—No solo en eso. El tipo que hace eso, es un enfermo mental. Puede llegar a matar, Henlein.

—Matar… Sí, es posible. Ha habido otros casos. Pero matan mujeres, no hombres. Aquí no hay ninguna mujer muerta… que yo sepa.

Rogers se puso en pie de un salto. Un gesto de inquietud cubría su rostro.

—Pero puede haberla alguna vez… si no nos damos prisa, Henlein —dijo con voz ronca—. Acaso mató a Tony Ganner por celos…

—¡Celos! Entonces, Janis Dawns…

—Corre peligro. Más en el Canadá que aquí, en Nueva York —se palmeó con ira la frente—. ¡Cielos, qué torpe he sido! Nunca debí

obligarla a partir. Pero entonces, yo ignoraba las ramificaciones de este maldito caso, inspector. Creí que allí estaba segura y…

—No te disculpes. Yo hubiera hecho igual, Rogers. Pero has dicho que pudo matar a Ganner por celos. Unos celos enfermizos y perversos, por una pasión innoble hacia Janis. Supongamos que es cierto. ¿Y Hendrick y Percy? No constituían para él ningún obstáculo, en un posible camino hacia Janis. ¿Por qué matarlos?

—Puede existir la doble razón, unida en la mente de un criminal sádico y a la vez ambicioso, inspector. Ya sabe usted… La doble posesión de la mujer anhelada y de una fortuna que iría a parar a Ada Bannister y que, por tanto, él administraría a su modo, quizá escapando con la fortuna a la primera ocasión.

—Es mucho retorcimiento imaginar algo así, Dan…

—Todo el caso es retorcido, inspector. Desde su mismo principio… —consultó su reloj vivamente—. Inspector, creo que voy a salir en el próximo avión hacia Toronto.

—¿Dejando tus reportajes y tu emisión televisada de mañana? —sonrió Henlein.

—Sí. Janis es antes que cualquier reportaje.

—Cuidado. Si el asesino es el sádico celoso que supones, puede intentar matarte, en cuanto tema que tú puedes quitarle la chica… —avisó burlón el policía.

Dan se detuvo en seco, cuando ya se volvía hacia la puerta. Sus ojos brillaron clavándose en el inspector con gran asombro.

—¿Cómo ha dicho? ¡Repita eso, inspector! —pidió excitado.

—¿Lo que he dicho? Diablo, Dan, solo dije que si el asesino sospecha que tú estás enamorado de Janis, y la chica simpatiza contigo, puede llegar a…

—¡Cielos, acaba usted de darme una clave sin saberlo! —aulló Rogers, lleno de excitación—. ¡Ahora necesito, más que nunca, ir con toda urgencia a Kirkland Lake!

Iba a salir, cuando un policía irrumpió en el despacho, aproximándose a Henlein con un despacho cerrado, que le tendió rápidamente:

—Un radiograma del Canadá, inspector… —dijo el agente, obligando al periodista a frenar en seco, cuando ya salía de la estancia.

Nervioso, pero dominando su inquietud, el inspector Henlein tomó el despacho, rasgó el sobre. Rogers regresó junto a él, inclinándose ávido sobre el papel que los dedos serenos de Henlein habían extraído de su envoltura.

Las letras saltaron ante sus ojos, como objetos vivientes y estremecedores. Una ronca exclamación brotó de labios de Dan Rogers al leer el tajante contenido del radiograma:

> «Ada Bannister muerta súbitamente. Probada muerte accidental.»

CAPÍTULO IX

DE nuevo el funeral. De nuevo el luto, la tristeza, el dolor de una pérdida…

Y había tenido que ocurrir precisamente aquel fin de semana. Cuando ella apenas si llevaba unas horas en la casa. La muerte parecía perseguirla, como en un horrible cortejo.

Ahora, todo daba la sensación de accidental, algo en lo que no intervino mano criminal alguna. Janis Dawns aún recordaba el grito de Ada, el golpe seco, violento. Corrió lo más deprisa posible a la escalera que descendía hacia el vestíbulo. Era tarde.

Ada Bannister, su madrastra, yacía al final de la larga escalera, con el cuello doblado sospechosamente sobre el último escalón. Cuando descendió, comprobó que el cuello se había roto en el impacto de la caída. El doctor Mac Kay certificó su muerte accidental sin la menor vacilación. Los escalones tenían un reborde metálico, y eso le fue fatal a Ada, en su caída. Se encontró un zapato suyo, enganchado en uno de los rebordes metálicos de los escalones superiores, por el tacón. El reborde estaba desclavado en un punto. Aquello había sido funesto. La mujer perdió el equilibrio, y rodó hasta abajo, con pésima fortuna.

Gregory Talbot, que llegaba entonces de la calle, también se había abalanzado sobre la muerta, tan pálido como ella misma. Pero todos los auxilios eran ya inútiles para Ada Bannister.

A los cuatro días de su regreso a Kirkland Lake, otra vez el drama sacudía su vida. Janis empezaba a sentir miedo. Miedo de todo, incluso de sí misma. Era como una maldición.

Esta vez, habían venido Brigitte, Clark, absolutamente todos. Janis se cuidó de disponer las cosas, en colaboración con Talbot. Se celebraría el funeral el lunes, y Janis volvería con sus primos a casa. Tal vez cerrasen la vivienda de Ada Bannister, ya que Talbot

se dedicaría ahora a otras tareas, quizá en el propio Kirkland Lake, según le dijo a Janis.

No añadió más, pero ella comprendió que Talbot quería decirle algo más de lo que parecía. Era como advertirla de que él seguiría esperando, a pesar de lo de ahora, la posible respuesta de Janis, un día no lejano.

Ella no tuvo valor para cortar sus alas con una respuesta negativa, advirtiéndole que había reflexionado… y no podía amarle. No sabía por qué, pero no podía. Tony ya no significaba nada en su vida. En realidad, ni siquiera mientras vivía, llegó a sentir amor por él. Fue algo… casi maternal lo que la impulsó a querer salvarle de una existencia débil y sometida.

Pero ahora había algo en ella. Una desazón, un sentimiento que la hacía pensar cada vez con más intensidad en Nueva York, y le hacía llegar a sentir odio por Kirkland Lake, su entrañable y pequeña ciudad de siempre.

Todo esto, no se lo dijo a Talbot. No le desalentó de súbito. Acaso porque, sin darse cuenta, algo de aquel hombre la asustaba. Era un miedo físico, vital, cierto.

Aquel sábado fue terriblemente triste y penoso. Ada había muerto a mediodía. Por la tarde, a última hora, Janis encendió las luces y contempló a Clark y a Brigitte, sentados, como ella, en un gabinete de la casa.

—Las cosas han cambiado mucho en pocos días —observó con un suspiro—. La familia se ha desintegrado, Creo que voy a marcharme para siempre de Kirkland Lake.

—¡Janis! —se sorprendió la pelirroja Brigitte—. ¿Será posible que tú hagas eso?

—Sí, creo que voy a hacerlo. Esto me agobia.

—¿Quieres que te diga una cosa? —intervino Clark, suavemente —. Opino que harás bien, si te decides a eso. Esto es un sitio provinciano y aburrido, para una chica como tú. Además… me parece que estás enamorada.

—¡Qué tontería! —protestó Janis, enrojeciendo sin saber por qué—. Iba a casarme y él murió. ¿Cómo puedo estar enamorada ahora?

—Creo que entonces no estabas enamorada —sonrió su primo

Clark. Tras una pausa, añadió, malicioso—: ¿Sabes algo de tu buen amigo, el periodista Rogers?

Enrojeció más aún. Tanto, que se volvió, avergonzada de sí misma.

—No, no sé nada de él —dijo con voz opaca—. Supongo que seguirá con su periódico y su televisión. Es lo suyo.

—Sí, claro —dijo con sarcasmo Clark, guiñando un ojo a su mujer—. Es un chico muy atractivo. Y muy joven. Se parece a Richard Conte.

—Es cierto —asintió Janis, con viveza—. Es un muchacho magnífico. Y tan inteligente que…

Se paró en seco. Un poco, por el gesto burlón de Clark, que no quitaba de ella los ojos. Y otro poco por la repentina mirada de Brigitte hacia la puerta del gabinete. Ella también volvió el rostro. Sufrió un sobresalto.

Gregory Talbot había aparecido en la puerta, y la miraba con expresión helada. Parecía haber estado escuchando sus palabras. Y estas le sentaron muy mal. Estaba pálido y sus ojos, entornados, miraban glacialmente a la muchacha, con un oculto y sordo reproche.

—Yo me retiro a descansar, Janis —dijo con voz inexpresiva—. He venido a decírselo. Ustedes se quedan en casa, ¿verdad? Tienen ya sus habitaciones dispuestas y…

—Sí, nos quedamos —dijo con rapidez Janis, quizá con demasiada rapidez—. Gracias, Talbot. Vaya usted a descansar. Lo necesita. Ha trabajado mucho durante todo el día. Nosotros nos iremos un poco más tarde.

—Está bien. Buenas noches… —y lo dijo con la mirada fija en ella. Una mirada extraña, inquietante, hermética.

Dio media vuelta y salió de la estancia. La puerta se cerró suavemente. Los pasos de Talbot se alejaron. Janis, nerviosa, se volvió a sus primos. Musitó:

—Ese hombre me crispa, Brigitte. Mira de un modo… Además, quiere casarse conmigo. O eso dice él…

—¿Talbot? —Clark frunció el ceño—. No me gusta nada. He oído comentarios raros en la población. Dicen que la muchacha de la droguería de O’Hara, esa jovencita de trenzas rubias, se encaró

un día con él, en la Alameda de los Cedros. Le amenazó con llamar a la policía, si la seguía diciéndole aquellas atrocidades. Talbot, al parecer, se asustó y emprendió la retirada.

—Es nauseabundo —comentó Brigitte—. ¿Hay hombres así?

—Sí los hay —afirmó Janis—. Y Talbot me parece de esos… No me gusta quedarme aquí, la verdad. Preferiría dormir en casa, como siempre. Pero creo que estaría mal que esta noche precisamente…

—No te preocupes, Janis —intervino Brigitte—. Clark y yo estamos bajo el mismo techo que ese tipo. Soy lo bastante fea para no temer nada de él, ni siquiera sin Clark al lado. ¿Quieres ir a casa y volver por la mañana?

—Sí, lo prefiero —asintió Janis, agradecida—. Tomaré vuestro coche, para que Talbot no advierta que saco el mío del garaje.

—Muy bien. Lo tenemos ante la puerta. Buenas noches, Janis. Yo te acompañaré hasta abajo. Y si quieres que vaya contigo…

—No, no. Me iré sola. Es mejor así. Talbot no lo notará.

—Se diría que le temes, Janis.

—Es que… creo que le temo —susurró ella, estremeciéndose.

Brigitte y Clark se miraron entre sí, sin decir nada.

Ambas mujeres salieron luego de la estancia. Clark, por un momento, miró ceñudo hacia la puerta. Hubiera jurado que sonaba un roce, a poco de alejarse ellas. Se incorporó, abrió, y asomóse al corredor.

No había nadie en absoluto. Abajo, los pasos de las mujeres no eran audibles. Poco después, roncó el motor del coche de los Dawns, alejándose. Clark volvió a su asiento. No debía de ponerse él nervioso, como Janis. No había razón para ello.

* * *

Conducía rápidamente, a través de las calles heladas. El frío era intenso, y el cielo estaba estrellado pero oscuro. No nevaría más durante la noche. Sin embargo, la temperatura iría en progresivo descenso. Conocía bien el clima.

Se adentró por la zona residencial, desierta y silenciosa, como un extraño bosque de edificios, jardines y cercas. Detuvo el automóvil frente a la vivienda que compartía con Brigitte y Clark.

Hoy le pareció extrañamente vacía y silenciosa. Casi se arrepintió, y hubiera deseado volver. Pero el recuerdo de la mirada de Talbot pudo más que ningún otro revulsivo, y entró en la casa, utilizando su propia llave.

Se volvió para cerrar la puerta. Entonces le vio.

Quiso gritar, salir corriendo al exterior, donde podría llamar la atención, atraer a alguien. No pudo hacer nada de eso.

Con súbito horror descubrió que la sombra humana que súbitamente se interponía entre ella y el exterior, cerraba de golpe la puerta y cubría con una mano recia, brutal, la boca que se abría para gritar.

La empujó contra la pared del corredor de la desierta casa. La mole del hombre, en la oscuridad que solo diluía un poco la luz débil de las estrellas, al otro lado de la ventana y de la vidriera de la puerta, era como un monstruo, como una forma alucinante, surgida de la noche para destruirla impunemente…

—Creías que era fácil escapar de mí, ¿verdad, preciosa? —jadeó una voz ronca, estremecida.

Ella vio ante sí, como dos malignos seres luminosos, los ojos desorbitados, sádicos, de Gregory Talbot. Estaba en su poder.

Estaba entre los brazos de la propia muerte…

* * *

Tabaleaba de impaciencia sobre el brazo de su asiento. Los ojos iban con frecuencia al terreno que se extendía bajo las alas del avión. Estaba sobrevolando Toronto. Las luces de la ciudad empezaban a salpicar el panorama gris de la tarde, cercano ya el anochecer.

Jamás un viaje aéreo pareció tan largo, a pesar de hacerlo en un reactor que tardaba escaso tiempo en cubrir el trayecto Nueva York-Toronto. Los minutos, los segundos, eran como posibles ocasiones perdidas. Ocasiones perdidas de cazar a un asesino… de salvar, tal vez, una vida… La vida de Janis Dawns, en inminente peligro.

Un peligro que, en cualquier momento, podía materializarse en un golpe homicida surgido de las sombras. Un golpe contra el que la muchacha estaría indefensa, desprevenida…

El avión tomó tierra en Toronto a las cinco y treinta y dos minutos. Un automóvil esperaba ya a Dan Rogers en el aeropuerto. Estaba encargado radiográficamente por el inspector Henlein, al capitán de la División de Homicidios de Toronto, Hal Mac Davis.

Aquel automóvil le trasladaría velozmente a Kirkland Lake. Se le había preguntado si prefería que la policía de Kirkland Lake interviniese. Pero Rogers sabía que eso sería perfectamente inútil, porque faltaba algo más que una intervención policial. Era preciso poder acusar a un hombre, cogerle con todas las culpas claras y evidentes. Algo que nunca se lograría por medios normales.

El automóvil partió, conducido por Dan Rogers, a toda velocidad. No quería a nadie más junto a él, tan solo que la policía del Canadá actuase en colaboración con él, prestándole todo el apoyo posible, hasta el fin.

Su destino, por carretera, era Kirkland Lake. Su tiempo disponible, muy escaso… Quizá, incluso, ya no existía ese tiempo…

Pero había de intentarlo todo. Absolutamente todo, para salvar a Janis, para descubrir a un asesino siniestro, envuelto hasta entonces en la sombra…

* * *

Janis Dawns supo entonces que todo estaba perdido. No había escapatoria. No podía haberla. Gregory Talbot, el sádico perseguidor de mujeres hermosas, había al fin caído sobre ella. Como un buitre sobre el botín.

—Mi pequeña preciosidad… —jadeaba, brutal, siniestra, la voz del monstruo en las sombras—. Siempre ambicioné que llegara este momento. Solo que esperaba alcanzarlo con tu consentimiento, saber que me amabas, que compartías mi pasión… Esta noche te oí hablar de ese maldito periodista de Nueva York… te oí hablar también cuando me marché… de tu intento de fuga, de tu afán por venir aquí a pasar la noche, lejos de mí. Yo estaba tras la puerta. Yo escuché… te seguí… y me anticipé, esperándote junto a la puerta de la casa. Ahora no tienes escapatoria. Lo has deseado así… por lo que no debes lamentarte de ello. Nunca hubiera permitido que te escaparas de mis manos, querida… Nunca…

La voz de Talbot cobraba tonos espeluznantes. Su mano izquierda taponaba su boca brutalmente. La derecha la aferraba,

estrujándola, rasgando sus ropas, tal era la fiereza de aquellos dedos engarfiados como ganchos de acero. El aliento bestial, jadeante, la golpeaba como un soplo infernal estremecedor, nauseabundo…

Luchó con todas sus fuerzas por eludir al sádico, por defender su integridad, su honor, su vida incluso… Pero era imposible conseguir nada. Las fuerzas de

Talbot eran titánicas, despiadadas, infrahumanas. Él mismo era un ente infrahumano.

La pared la estrujó materialmente, acorralada por la bestia de mente deformada que era Gregory Talbot. Sintióse agobiada, a punto de asfixiarse. Las sienes le zumbaron. Sintió el contacto viscoso, repugnante, de Talbot contra ella…

De súbito, ocurrió. Parecía un milagro, pero ocurrió. Algo golpeó a Talbot. Con una contundencia, con una brutalidad inaudita. El hombre gimió, soltó la presión.

Janis sintióse libre a medias, pudo respirar, tomar aliento, mientras Talbot oscilaba, tambaleante, con la cabeza baja. Otro mazazo llegó de las sombras. Y Gregory Talbot se derrumbó a los pies de Janis Dawns.

—¡Dios mío! —gritó ella, saliéndole apenas un murmullo ronco, de su dolorida garganta—. ¡Dios mío, gracias… gracias!

Janis Dawns, con un sollozo contenido, mezcla de emoción y de júbilo, por la salvación imprevista, auténticamente milagrosa, alzó la cabeza, miró a la persona erguida ante ella, como un coloso o un titán llegado por artes mágicas hasta la que pudo ser casa del horror y de la muerte.

—¿Quién… quién es usted? —musitó—. ¿Es… es Dan Rogers?

—No, no soy Dan Rogers —dijo una voz firme, enérgica—. Pero tenía que salvarte, Janis… Salvarte de esa infamia. Morir no tiene importancia. Pero ser humillada, manchada por esa sucia bestia… no puedo consentirlo. Después de todo… tengo el deber de hacer esto por ti…

Aquella voz recia, fuerte, aquella figura gigante, maciza y atlética, emergiendo de las sombras, acercándose a ella con paso lento. Le reconoció. Y un grito de estupor y de júbilo, de sorpresa y de gratitud, brotó de su garganta:

—¡Usted! ¡Usted! ¡Oh, Dios, ha tenido que ser un milagro! ¡Paul Mac Namara, usted…!

—Sí, soy yo, Janis —asintió el poderoso minero de McKenzie—. Pero equivocas mi nombre, pequeña. No soy Paul Mac Namara… Él murió… Murió en el alud de nieve, junto a tu tío Hendrick. Yo soy tu hermanastro Percy… Y tenía el deber de hacer esto por ti… aunque tenga que matarte después…

CAPÍTULO X

—¡MAC NAMARA! ¿Qué es lo que está diciendo?

—Te lo repito, Janis. Yo no soy Mac Namara —el hombretón, el mismo hombre de barba recia y poblada a quien conoció en Nueva York, estaba ahora ante ella. Sus estrechos ojos brillaban, con una luz fanática y dura—. Nunca lo fui. Pero me presenté ante ti con esa identidad. Ante ti y ante tu amado Dan Rogers… Tu enamorado galán, sí. Es una pena que dentro de poco tenga que enterarse de que Janis Dawns murió en Kirkland Lake, a manos de Talbot… Sí, hermana querida, Talbot cargará con las culpas… Cuando te vean estrangulada, le acusarán a él. ¿Quién va a pensar en mí, si yo estoy muerto?

—Muerto… —horrorizada, se pegó a la pared. Le contempló con espanto—. ¡No es posible!… Usted… usted es Mac Namara… No puede ser Percy… ¡No puede serlo!

—Pues lo soy, Janis. Soy Percy Bannister… Solo me conoces por fotografías… y entonces no llevaba barba, ni pelo largo, ni trajes estrafalarios de minero… ni siquiera tenía la piel curtida. Era otra persona muy diferente. El muchacho débil y sin espíritu que mi madre, mi odiosa madre, pretendió hacer de uní… Yo demostré que soy muy diferente. Allí, en McKenzie, un día, maté a un hombre. Demostré que era fuerte. Más fuerte que los demás… Y tío Hendrick, el estúpido idealista de tío Hendrick, lo sospechó. No, él no me denunció. Me quería demasiado para eso. Pero me apartó de su lado… y trabó amistad con ese necio de Paul Mac Namara, un hombretón como yo mismo. Hendrick era buen minero. Muy listo, Janis. Encontró una veta muy rica. La denunció a su nombre. Y cambió el testamento que tenía hecho. Sí, lo cambió. Yo no llegué a tiempo de evitarlo, y en Kazan hizo el nuevo legado. Te nombraba heredera universal a ti, pequeña Janis. Le habías cautivado con tus

fotos, con tu modo de escribirle, cariñoso y dulce. El viejo loco casi se chifló por su sobrinita, y te dedicó su última voluntad, su fortuna entera. Solo si tú faltabas pasaría a Ada, mi madre. Y solo faltando ella sería yo heredero, para que no se perdiera esa fortuna. Hizo constar que a tu mayoría de edad… o a tu casamiento, serías la dueña del dinero. Yo no podía tolerarlo. Había sufrido junto a él, había pasado lo peor… para perderlo todo por una tontería. Planeé aquello. Maté a los dos con un explosivo. Luego, se me ocurrió culpar a Talbot. Sabía que era un sádico, me había informado bien sobre él. Sería fácil complicarle en algo, sin que él pudiera defenderse… Y maté a tu novio.

—¡Oh, no, Percy!… ¡No! —gimió Janis, estremecida de horror.

—Tenía que hacerlo así, Janis. Te seguían muy de cerca mis hombres. Con mi dinero era fácil alquilar gentuza para hacer las faenas sucias. Ahí fuera tengo a mi mejor elemento, un tipo llamado «Dandy»… Él impedirá que cualquier sorpresa me haga caer en manos de la Ley. Sé cubrirme las espaldas, pequeña… Como te digo, tenía que hacerlo, o eras capaz de casarte en cualquier sitio con aquel estúpido de Tony Ganner, y yo me quedaría sin mi derecho a esa fortuna en mineral de tío Hendrick. Ya había matado a dos, seguro de que Mac Namara sería identificado como Percy Bannister, tras el destrozo que sufriría, bajo las vigas y traviesas de la mina. Y yo, el auténtico Percy Bannister, con este aspecto físico, con esta barba teñida de gris y estas cejas, adheridas pelo a pelo a las mías, y el resto de indumentaria y de modales, me haría totalmente distinto a tu hermanastro. Un hermanastro a quien tú solo conocías por fotografías bastante malas y diferentes a mi actual físico… Pero a mamá no la hubiera engañado. Por eso ella tenía que morir antes de que yo llegara a Kirkland Lake… Fue fácil, ¿sabes? Entré a verla a casa, hoy. Se horrorizó al verme. Pero no le di tiempo a nada. Entré por la puerta posterior, cuando nadie podía verme. La derribé, y «Dandy» se cuidó de romperle el cuello de un golpe hábil…

—¡Nooo! —chilló, en el paroxismo del terror y de la angustia, la joven—. ¡Eso no!

—Nunca quise a mamá. Ella no era mi madre, ¿lo sabías? —rio cruelmente—. Me recogió de niño, porque no podía tener hijos. Me

reconoció como suyo… Pero siempre me dominó, me hizo realizar su sola voluntad. Estaba harto de ella. No me dolió mucho matarla. Era una déspota, una mujer insoportable, después de todo, yo no la toqué. Fue «Dandy», mi buen amigo… El mismo que aplastó el cráneo de tu querido Ganner…

—Dios mío, Percy… Tanto horror, tanta sangre… No es posible…

—Claro que lo es. La vida es de los fuertes como yo. Y la fortuna. Los débiles, se arrastran, pululan como ratas, como hediondos gusanos, por la superficie de la tierra. ¡Yo soy fuerte, yo me hice fuerte, porque supe rebelarme a todos, a la voluntad de todos! ¡Por eso he triunfado! ¡He triunfado, Janis!… Pude haberos eliminado a Rogers y a ti, en Nueva York. Tuvisteis mucha suerte. O mis hombres fallaron más de lo previsto. Os temía, la verdad. Sobre todo a ti. Luego, resolví aparecer como Mac Namara en escena, hablar contigo. Era un desafío más, una prueba de mi fuerza. Daba a ese periodista necio, a la policía, a todos, la clave del caso, me ponía en sus manos… ¡y luego me burlaba de todos! ¡Porque soy el más fuerte, el más fuerte de todos, Janis!…

—Dios mío, Percy… Estás loco, obsesionado con esa idea… Eres un monstruo de maldad y de odio, un ser sanguinario e inconsciente… solo por creerte fuerte, por sentirte superior a los demás… y solo has demostrado ser un pobre demente, un criminal sin humanidad ni cerebro…

—¡Mientes, Janis, y tú lo sabes! —se excitó Percy—. ¡Soy un supercerebro, un hombre capaz de todo, y lo he demostrado! En cuanto hablé con Rogers, una vez te marchaste tú, me di cuenta de que nuevamente corría el peligro de que te enamorases y te casaras, echándolo todo a rodar, porque entonces tu marido lo heredaría todo. ¡Le hice secuestrar, y mis hombres le hubieran matado, de no utilizar él una estratagema para evadirse! ¡Pero no pudo con «Dandy», y él vino a avisarme! Tal vez ahora, Rogers puede llegar a sospechar algo, y conviene impedir que siga adelante. De modo que terminaré contigo ahora… y todo resuelto, Janis. Lamento hacerlo. Pero es preciso. O la fortuna escapará de mis manos…

—Percy, por Dios, sé humano una vez en tu existencia… Comprende, trata de comprender que la fortaleza humana no se

demuestra en el mal, en el odio y en el crimen a sangre fría…

—Es tarde, Janis. Los demás me hicieron así. Cúlpales a ellos. A mamá, sobre todo…

Avanzó hacia Janis. Sus manos se cerraron en torno al cuello. Eran manos poderosas, manos capaces de estrangular, de matar fácilmente… Y la iban a matar a ella…

Su grito se ahogó cuando las manos fuertes del hombre a quien ella creyera Paul Mac Namara, y que en realidad era su hermanastro Percy, que jamás murió en McKenzie, y que aparecería de nuevo oficialmente, pasado algún tiempo, a reclamar impunemente su herencia, la empezaron a oprimir, en una lenta y segura estrangulación…

* * *

El mundo empezó a perderse en las brumas, dejó de significar algo para Janis…

Sus sienes zumbaron, sus ojos empezaron a cubrirse de nieblas. Los sentidos iban abandonándola, en una laxitud creciente, en un final estremecedor pero dulce, dentro del terrible, lacerante dolor que estrujaba, su garganta, que la oprimía bestialmente, a cada aumento en la presión de los dedos de muerte cerrados en torno al cuello de mujer…

El disparo del exterior apenas si contó para Janis. Ni siquiera el corto grito agudo, de agonía y desesperación. Ni el golpe de un cuerpo pesado, al tocar el suelo blando del jardín cubierto de nieve.

Nada de aquello contó para Janis. Tampoco para Mac Namara-Percy, que seguía estrujándola fría, inexorablemente, como una máquina de matar movida por un cerebro enfermo, por una mente insana y tenebrosa, sumida en la locura.

Pero, en cambio, sí actuó de revulsivo en el asesino la voz tajante, dura, virulenta, de un hombre que acababa de penetrar de un salto en el corredor de la casa.

Su voz retumbó como un trallazo, como un disparo mortífero, en los oídos sorprendidos de Percy:

—¡Quieto! ¡Suelte a esa mujer o le mato!

No la soltó. Volvió el rostro, lívido de ira, con los labios rezumando espuma biliosa, los ojos desorbitados sobre la

monstruosa barba y bajo las postizas cejas, mirando al hombre que le apuntaba con la pistola automática…

—¡Rogers! —rugió, en el frenesí de su furia.

—¡Suéltela! —repitió Dan, feroz.

El asesino no la soltó. Entonces. Dan apretó el gatillo. Una, dos, tres veces. Inexorable, vengador implacable de tantas víctimas inmoladas brutalmente por Percy Bannister, en su loco, desorbitado plan de grandezas.

Los proyectiles se agruparon sobre la faz contraída del monstruo, que se estremeció, sintiendo los impactos ardientes en el rostro, en el cerebro, en el corazón…

Otro proyectil destrozó su codo derecho. La mano colgó, fláccida, al final del brazo. Otro proyectil le quebró los huesos del brazo zurdo… Y Janis, libre del dogal de muerte, cayó a tierra, inconsciente.

Mientras tanto, Percy, convulsionado por los balazos que iba recibiendo, se tambaleó, como una mole. Como en un intento por demostrar que aún era el más fuerte, aun delante de la misma muerte.

Pero su fuerza era mentira, su poder, falso… Y la muerte le venció, le abatió con la misma implacable mano que él había utilizado para sus fines. La muerte venció al titán homicida, al sádico feroz y monstruoso, de mente deformada por complejos de inferioridad y debilidad…

Derrumbóse en tierra, haciendo estremecer el suelo en su caída, a los pies mismos de Dan Rogers, que le contempló impávido por encima del humo de su pistola.

Detrás de Dan surgieron rostros excitados. Brigitte y Clark Dawns, el jefe de la policía local, el agente de la Interpol en Toronto, Dave Callahan, llegado especialmente a Kirkland Lake, para asistir al dramático desenlace del caso…

—¡Rogers!… —musitó Brigitte, asustada—. ¿Está viva Janis? ¿Se ha salvado?

—No sé —musitó Dan—. No sé si vive… pero no podía hacer otra cosa… Llegué justamente a tiempo… Muy justamente…

Se acercó a Janis, mortalmente pálida. Soltó la pistola. Fuera, en el jardín, unos policías comentaban con un mosconeo sordo, en

torno al cadáver de «Dandy», muerto de un balazo por Dan Rogers…

Tomó a la muchacha entre sus brazos, la sacó al frío del jardín, y depositó nieve en sus sienes, mientras un frasco-petaca de coñac, derramaba unas gotas de licor entre los cerrados, yertos labios de la joven.

Lentamente, comenzó a regularse la respiración, las mejillas tomaron algo de color, muy poco…

Dan Rogers se incorporó despacio y miró a los que le rodeaban. Cuando habló, lo hizo con voz rota:

—Se salvará… Se salvará… Está viva… Hemos llegado a tiempo. Después de todo, hemos llegado aún a tiempo…

Levantó sus ojos hacia las estrellas en la oscura noche. La mirada febril del audaz reportero, era como una plegaria. Una plegaria de gratitud, porque todo había salido bien. Y porque la vida de Janis, estaba definitivamente rescatada…

CONCLUSIÓN

—DAN… ¿tú sabías que…?

—¿Que Mac Namara era Percy? Lo sospeché cuando el inspector Henlein dijo una frase acerca de nosotros. Entonces recordé que fui atacado en mi casa, tras de hablar con Mac Namara en un establecimiento público, y haber reconocido que tú me atraías… Se repetía el caso de Tony Ganner. Todo hombre que podía ser algo tuyo, era eliminado. Mi teoría de un testamento con la cláusula de entregarte los bienes a tu matrimonio, se cumplía, se confirmaba, incluso. Y entonces vi claro que era Mac Namara el único que había sospechado ese afecto mío hacia ti. Pensé. ¿Por qué Mac Namara hacía todo eso? ¿Y si la visita de Talbot era falsa? ¿Y si Mac Namara era culpable de todo? ¿Por qué? De pronto, vi claro. Mac Namara podía ser Percy. Tú no le conocías. Solo por fotos, y poco claras. Una barba y una indumentaria, cambian mucho a un hombre. Luego, antes de tomar yo el avión hacia Toronto, llegaron los informes de la Interpol. En ellos se hablaba del testamento. Se encontró en Kazan. Y sus cláusulas lo aclaraban todo. Si Hendrick lo cambió, fue por desheredar a Percy. Eso me hizo ver claro. Si Ada Bannister moría, Percy era el heredero universal… una vez desaparecida tú también. Y Ada había muerto ya. Me lancé como un desesperado. Tenía que salvarte la vida, y coger a Mac Namara en pleno delito… Pero jamás imaginé que sería así. También sabía que Talbot era un sádico peligroso, mas no un asesino. Aunque es probable que a ti te hubiera eliminado, tras su infame proceder.

—Dios mío… La muerte me estuvo acechando por todas partes, Dan…

—Es cierto, Janis… Pero eso pasó ya. Dime una cosa: ¿es cierto que has renunciado a la riqueza minera de tío Hendrick, y la cedes para obras benéficas?

—Sí, Dan. Con ese dinero, crearán la Fundación Hendrick. Él se lo merecía todo, pobre anciano… Esa Fundación dará estudios, vida y salud a muchos que lo precisan. Es la mejor manera de ahogar un poco, con buenas acciones, la sangre derramada por culpa de ese dinero.

—Es magnífico, Janis. Pero aun así, seguirás poseyendo dinero suficiente para pensar que un hombre como yo, va a pedirte tu mano por interés… —sonrió Dan.

—Oh, no seas tonto… —le miró intensamente—. Creo que me enamoré de ti nada más verte. Pero un sentimiento de lealtad hacia el pobre Tony Ganner, me hizo apartar de la mente esa idea. ¡Si quieres, renunciaré también a mi fortuna persona!…

—No te exijo tanto. Guárdala, pero no necesitarás tocarla jamás. Aunque no lo creas, tampoco hablas con un indigente. Ser periodista da su dinero, si se tiene en cuenta la fama de Dan Rogers…

—Lo creo —rio ella—. ¿Sabes qué dice el inspector Henlein?

—No sé. Él siempre dice cosas raras…

—Esta no lo es. Dice que empezaste con un reportaje sentimental, para seguirlo con el crimen… y volver de nuevo al sentimentalismo. Asegura que harías carrera, escribiendo seriales para las mujeres de toda América.

—Ya te dije que Henlein siempre dice cosas raras. Debería vengarme, publicando que un simple reportero ganó la partida a toda la Policía Metropolitana de Nueva York, e incluso a la Policía Montada del Canadá y a la Interpol. Pero tal vez sería demasiada presunción. Es mejor dejar eso en el secreto del caso, ¿no crees?

—Yo creo lo que tú creas, Dan —susurró Janis, inclinándose hacia él y besando sus labios—. Y voy adonde tú vayas, querido…

—Janis, creo que ahora sí estoy ante el mejor reportaje de mi vida… Y, como dice Henlein… vuelve a ser sentimental.

El reportaje terminó después, cuando sus labios se unieron.

Dan Rogers había llenado la mejor columna de su vida. Y la mejor noticia. Pero esas ya no pertenecían al público de Prensa y Televisión. Solamente a ellos dos…

FIN



LLUVIA DE ESTRELLAS



Alberto Sordi

N.° 1331

Uno de los cómicos de primera línea más cotizado en el moderno cine italiano. Entre otras hemos podido admirarle en «El soltero», «La bella de Roma», «Guardias de Roma», «El marido», «Fortunella» y «La gran guerra».



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2. - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain